

¿Es Dios un ser imaginario?

El Padre Tomás Beroch escribió esta serie de artículos en el blog "[LITURGIA & TRADICIÓN CATÓLICA](#)".

PARTE I

Queridos amigos:

Varias veces en algunos comentarios del diario Clarín (un diario argentino cuyo legamen con la masonería y lobbies anticristianos es conocido), cuando se tocan temas religiosos, leo comentarios como estos: "es increíble que en el siglo XXI haya gente que todavía crea en dioses y seres imaginarios". Lo gracioso de esta frase es que quien la escribe no toma en cuenta que quien tiene fe en seres imaginarios es él. ¿Porque digo esto? Porque esta persona seguramente que usa dinero, de lo contrario, no podría conectarse a internet. ¿Que cosa es el dinero? Números. Y los números no están más que en nuestra mente. A una persona en Argentina que sea bendecido/a por la Providencia Divina al tener trabajo (es bendecido/a porque no todos tienen el privilegio de tener un trabajo estable) tiene la gracia de cobrar un sueldo mensual. Si esta persona puede controlar su cuenta bancaria por internet puede ver un "número" que sería "su sueldo". Digamos que esta persona gana 10.000 pesos argentinos, lo que él vé son el número "uno", junto con "cuatro ceros" que conforman el número 10.000. Pero no creo que haya visto en la calle el número "10.000" haciendo compras en Carrefour. Él, en su cabeza, le da valor a ese número 10.000. Uno podría decir: también los bancos le dan valor, y en concreto, quien tiene en su cuenta bancaria el número 10.000.000 es un millonario, y quien tiene el número 0 es un pobre. Yo no tengo dudas de ello. Pero el dinero no es otra cosa que números en los cuales una persona, un país, una familia, un banco o una institución ponen su confianza.

En su momento los griegos ponían su confianza en varios dioses. Baco era el dios del vino, Afrodita la diosa del amor, Ades el dios del infierno, Zeus el dios de los dioses, etc. ¿Que diferencia hay con el tiempo moderno? No le llamemos "Afrodita" ni diosa del amor, llamémoslo simplemente "pornografía", "adulterio", "placer sexual

desenfrenado”, o cada uno use los adjetivos que quiera para nombrar a los adoradores de la diosa afrodita moderna. No se le llamará “dios” ni “diosa”, pero la Biblia es sabia y yo la usaría aunque no fuera ni sacerdote ni creyente.

Erich Fromm era un psicoanalista alemán filo-marxista, y pese a no ser creyente usaba la Biblia. Jesucristo, en la Biblia dice que “donde está tu tesoro, allí está tu corazón” (Mt 6, 19-23). Podemos traducirlo también así: si en tu corazón tienes sexo, el sexo es tu dios. Si en tu corazón tienes dinero, el dinero es tu dios. Si en tu corazón tienes el alcohol, la droga, esos son tus dioses. Si en tu corazón tienes el deporte, el futbol, la moda, eso es dios para ti. Todo hombre pone la felicidad en algo, y según en lo que pongas la felicidad, dirijas toda tu vida a alcanzar ese bien que está en tu corazón. Donde pongas tu corazón, allí pondrás a dios.

Alguno podrá decirme: “bueno, pero esos no son dioses, son cosas de este mundo”. Yo ahí respondo que estoy de acuerdo, y justamente por eso me parece muy bajo poner la felicidad en cosas que son inferiores al hombre. ¿Cuánta gente pierde la cabeza por el dinero? En Europa del Norte, en Japón, en Estados Unidos, en Canada, está lleno de suicidios por motivos económicos. ¿Cuánta gente destruye su familia por engañar a su mujer o por ver pornografía, o por tomar alcohol? ¿Cuanto gente da su vida por cosas que son inferiores al hombre? Me parece mucho más estúpido ello que dar la vida por Dios, que de existir no solo no es inferior al hombre, sino que es La Felicidad con Mayúsculas.

Este tema lo continuaré desarrollando en los próximos días. Dios los bendiga y la Virgen los acompañe siempre.

Padre Tomás

PARTE II

Siguiendo con el tema de ayer sobre la acusación que algunas personas nos hacen a los creyentes de creer en cosas o dioses imaginarios (todavía en el siglo XXI), cabe decir que quien hace tal afirmación no conoce nada o conoce muy poco sobre el cristianismo y la religión en general. En la Edad Media los estudiantes de filosofía antes de empezar cualquier discusión

aclaraban los significados de las palabras. Parece una tontería, sin embargo los términos son importantes. Para dar un ejemplo: en inglés existe la palabra “ass” que literalmente significa “asno”. Si uno dice en inglés “the man is an ass”, literalmente está diciendo que “el hombre es un asno”. Sin embargo, los estado unidenses (y muchas personas de lengua inglesa) usan esa palabra metafóricamente para insultar o para expresarse vulgarmente. Una vez un profesor norteamericano de mi universidad nos explicó el verdadero significado de la palabra “ass”, aclarando que él se refiere no a la metáfora de esa palabra sino a su significado literal. Dicho esto, todos entendimos que su explicación era filológica y no estaba bromeando.

En este caso, el término que nos interesa es el “ser imaginario”. Nosotros formamos imágenes a través de las cosas que vemos en el mundo real. Si a mí una persona me describe a un hombre con características como “la gordura”, “cabello rubio”, “ojos negros”, “alto”, “barbudo”, etc; a mi mente vienen todas las imágenes que yo he sacado del mundo real. Muchas veces la gente opina antes de conocer la realidad. Nosotros tomamos nuestras imágenes mentales de la realidad y en base a eso juzgamos el mundo, las cosas, las personas, en definitiva, juzgamos el cósmos. Ahora bien, ¿Qué imagen mental tenemos de Dios si a Dios no lo encontramos en la realidad? ¿Cómo puede ser Dios algo “imaginario” si no hay nada en la realidad que se le parezca? Yo puedo imaginarme un dragón, porque conozco los reptiles, conozco las alas, conozco el fuego. Lo que hago es unir todos esos elementos y dibujo un dragón. Pero de Dios no tengo ninguna imagen. El libro del Génesis dice que Dios creó al hombre según “su imagen y semejanza” (Gen 1,27).

El hecho de que nosotros seamos semejantes a Dios, no quiere decir que seamos “iguales” a Él. Tenemos un parecido en cuanto que el hombre tiene un alma espiritual, cuyas potencias son la inteligencia y la voluntad. Dios es Espíritu, y su Inteligencia y Voluntad se identifican con su Esencia. Pero entre la Esencia de Dios y la esencia nuestra hay una distancia infinita, aún mayor que la distancia entre el cielo y la tierra. La perfección de Dios supera toda la perfección creada, es por eso que las cosas de este mundo reflejan un pequeñísima parte de la perfección divina. Ahora bien, nadie jamás vio a Dios ni lo tocó ni lo palpó. Solo podemos conocerlo “un poquito” (es más lo que no conocemos de Dios que lo que conocemos) por su semejanza con las creaturas (sobre todo

con el hombre). Como no hemos visto jamás a Dios ni lo hemos palpado, no podemos formarnos una imagen de Dios, como si podemos formarnos una imagen del hombre y de todos los seres creados. Como Dios no es visible, ni palpable, ni lo podemos conocer con ninguno de nuestros sentidos, hay que concluir que Dios no puede ser jamás un ser imaginario, pues no tenemos nada en la realidad que se le parezca. La realidad solo es un mínimo reflejo de la perfección divina, pues Dios trasciende todo el universo cósmico.

Por hoy basta. Todavía quedan algunas cosas por explicar, pero seguiremos con esta reflexión próximamente.

Nuevamente, Dios los bendiga y la Virgen los cubra con su manto maternal.

PARTE III

Queridos amigos:

En la reflexión hecha en el día de ayer, sacamos la conclusión de que Dios no puede ser nunca un ser imaginario, ya que no hay elementos de la realidad que se le parezcan. El Señor trasciende y supera ampliamente la perfección de todo el universo material. Ahora bien, alguno podría decir que “en el mundo no hay elementos de la realidad que se parezcan a Dios, simplemente porque no hay un Dios ni una divinidad. Dios sería un invento de gente débil que como no puede valerse por sí misma, necesita aferrarse a un invento mental o psicológico para poder encubrir su debilidad psíquico-física”. “La religión sería para los débiles e ineptos”. Este postulado viene del iluminismo, corriente filosófica que diviniza la razón. Aquí habría varias cosas que analizar, pero no vamos a tocar todos los temas en cuestión sino solamente dos: la religión como refugio de los débiles y Dios como invento de los hombres.

En cuanto a lo primero, Victor Frankl, psiquiatra y filósofo austriaco que estuvo preso en un campo de concentración nazi (el famoso campo de Auschwitz) nos cuenta su experiencia en ese infierno. Hay que tener en cuenta que este hombre no era católico sino más bien judío no practicante, que sostuvo una religiosidad sin religiones (al estilo New Age). Victor Frankl decía que en Auschwitz no

sobrevivían los más fuertes, ni los más alimentados, ni aquéllos cuyos músculos fuesen como los de Arnold Schwarzenegger. Una persona mal alimentada o desnutrida quizás sobrevivía, y un hombre de dos metros, fuerte y robusto quizás moría. Sin embargo, había algunos que sobrevivían más que los otros, pero la supervivencia no dependía de la fortaleza física o psíquica, sino de otra cosa. Según Victor Frankl, sobrevivían más los que tuviesen valores que no fuesen ellos mismos. Los que vivían sólo para ellos mismos y no se entregaban generosamente a ninguna causa, sea por el prójimo, por la familia, o por la religión, eran los que más fácilmente morían (y según este médico, muchos de ellos eran gente fuerte físicamente). En cambio, aquéllos que se entregaban a un ideal, vivían más tiempo que estos últimos. Entre los que más superaron los terribles campos de concentración de Auschwitz fueron los que creían en Dios y entregaban su vida por la fe. Esto era independiente del credo que profesaren. Los hombres y mujeres que verdaderamente buscaban a Dios con el corazón, lo amaban y entregaban su vida a Él sin hipocrecía, vivían más tiempo, se enfermaban menos y algunos hasta sobrevivían. Este análisis que hace Victor Frankl es interesante.

Lo mismo se puede decir de los mártires. San Lorenzo fue martirizado en una parrilla. Lo quemaron vivo por no renunciar a la fe cristiana y hasta se animó a hacer un chiste en medio de los tormentos, pues les dijo a sus verdugos mientras lo asaban: “Dénme vuelta porque de este lado ya estoy”. ¿Y Santa María Goretti? Fue asesinada por no perder su pureza ni dejarse violar, prefirió la muerte antes que ofender a Dios. Era solo una niña de 13 años. También se puede decir de los soldados cristianos. Gracias a Don Juan de Austria, Europa no cayó en manos de los moros. En cuanto a la educación, la cultura europea es debida a los monjes benedictinos quienes fundaron las escuelas monásticas, lo mismo ocurrió con la Iglesia Católica que fundó la universidad. Hubo filósofos y teólogos excelentes como San Agustín, Santo Tomás de Aquino, científicos como el padre Georges Lemaître (el verdadero fundador de la teoría del Big Bang), y tantos otros. Lo mismo, filósofos modernos como Cornelio Fabro quienes rechazaron la filosofía idealista alemana usando el lenguaje moderno pero con conceptos tomistas, Gilson, Maritain, todos hombres creyentes que hicieron crecer y enriquecer la ciencia y filosofía moderna. El mismo Albert Einstein, padre de la física, creía en Dios (aunque dicen las malas lenguas que creía en el dios de Baruc Spinoza, que está

acusado de ser panteísta), lo mismo que Newton, Pascal, y tantos otros hombres de ciencia.

Por eso, me pregunto: ¿Puede sostenerse la afirmación que la religión y la creencia en Dios es sólo para los débiles, iletrados o ignorantes? Por todo lo que hemos explicado, creo que esta tesis es insostenible.

En los próximos días veremos como no tiene ningún sosten la teoría de aquéllos que dicen que “Dios es un invento de los hombres”. Ya ustedes se habrán dado cuenta que al menos los 100 millones de mártires cristianos que hubo en estos 2000 años de historia y las decenas de miles de cristianos martirizados año tras año en la época contemporánea, no tomaron a Dios como un invento ni como un cuento de adas, sino como el Creador del Universo por quien vale la pena dar la vida. Igualmente, como bien dije anteriormente, seguiremos tratando este tema próximamente.

Muchas bendiciones a todos.

Padre Tomás

PARTE IV

Queridos amigos:

Habiendo dejado claro que la religión no es para lo débiles (el ejemplo de los mártires y santos lo demuestra), hoy veremos si estamos ante un fenómeno que es un invento de los hombres.

Ante todo debemos preguntarnos, ¿Qué es un invento? Un invento no es creación, pues el concepto de creación implica sacar algo de la nada. Un invento es tomar algo de las cosas YA CREADAS y producir un nuevo artefacto/máquina/habitación con utensillos y elementos ya existentes. Por ejemplo: el escultor toma la cera y forma una estatua; el artista toma la pintura, la madera y otros elementos y hace un cuadro; el arquitecto hace un diseño y luego los obreros tomando piedras YA CREADAS hacen la casa. Es decir, un invento es hacer algo, sea mentalmente, sea realmente, utilizando las cosas que YA ESTÁN EN EL MUNDO.

En la segunda parte de nuestra explicación dijimos que Dios no podía ser algo “imaginario” ya que no tenemos nada en la realidad que se le parezca totalmente (Confrontar la segunda parte escrita el día 7 de Octubre). Con eso concluimos que Dios no puede ser nunca un invento de nuestra mente, puesto que las cosas que tenemos en nuestro intelecto son tomadas del mundo material, y como el ser Supremo supera infinitamente la realidad creada, en el mundo no encontramos nada que sea igual a Dios y que tenga toda su perfección. Si las cosas que inventamos en nuestra mente son tomadas de la realidad, y en esta no hay nada que sea igual a Dios, hay que concluir que el Altísimo no puede ser nunca un invento de los hombres porque no hay “pedazos de dios en la tierra” para inventar una divinidad. Por lo cual se concluye que Dios jamás puede ser un invento de los hombres, ni de modo mental ni de modo real.

De hecho, el hombre en su irracionalidad se ha fabricado dioses. Cuando Moisés se alejó del pueblo para hablar con Dios como lo hacía frecuentemente, los israelitas se fabricaron un becerro de oro y lo adoraron, razón por la cual Dios castigó duramente al pueblo, aunque tuvo piedad gracias a que Moisés rogó por sus compatriotas. La Sagrada Escritura, cuando habla de los falsos dioses dice: “Plata y oro son sus ídolos, obra de mano de hombre. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen nariz y no huelen. Tienen manos y no palpan, tienen pies y no caminan, ni un solo susurro en su garganta. Como ellos serán los que los hacen, cuantos en ellos ponen su confianza” (Sal. 115). La Biblia nos dice que quienes no adoran al verdadero Dios terminan adorando a las criaturas inferiores al hombre. Y eso es lo que sucede hoy en día. Los mismos que acusan a los creyentes de adorar algo que según ellos es “un invento del hombre”, son los que adoran a “ídolos inferiores a ellos”. Como bien dijimos en la primera parte, hay muchos suicidios por aquellos que pierden al dios dinero, muchas familias destruidas por el dios “pornografía”, “apetitos sexual desenfrenado”, muchas vidas humanas destruidas por el dios “poder”, etc, etc. Cuando el hombre verdaderamente INVENTA DIOSES QUE NO EXISTEN, se destruye a sí mismo y destruye a sus semejantes.

El verdadero Dios mandó no matar, y si los hombres le hubiesen hecho caso, ¿Cuántas guerras se hubiesen evitado? ¿Cuántos millones de niños no hubiesen sido abortados? También el

verdadero Señor de la historia mandó ser fiel al conyuge para toda la vida. ¿Cuántas hijos gozarían de la presencia de su padre y madre si se hubiese tenido respeto por este mandamiento? ¿Cuántas mafias de prostitución y pornografía hubiesen desaparecido por falta de clientes? El Ipsum Esse Subsistens mandó “no mentir”. ¿Se imaginan un mundo donde la palabra vale? ¿Un mundo donde uno confiara en los políticos porque siempre DIRÍAN LA VERDAD? ¿Y que decir del mandamiento que dice “no robar”? ¿Se imaginan poder dormir con la puerta abierta o la posibilidad de olvidarse la billetera en una oficina pública y que una persona nos la devuelva? TODO SERÍA MUY DIVERSO SI LOS HOMBRES ADORASEN AL VERDADERO DIOS; Y NO A LOS DIOS INFERIORES INVENTADOS POR SU PROPIO EGOÍSMO.

Hemos terminado la cuarta parte de nuestra reflexión. En las que faltan trataremos las pruebas de la existencia de Dios, y si el espacio y tiempo lo permiten, también tocaré brevemente el tema del fin último del hombre.

En Cristo y María:

Padre Tomás

PARTE V

En esta quinta parte de nuestra explicación, quiero poner el broche de oro a la cuestión de que la afirmación que dice que Dios es un invento del hombre. Insisto en que esta premisa no tiene ningún tipo de fundamento y mostraré por qué. Obviamente que yo no pretendo agotar el tema. Hay muchas más objeciones que se pueden poner y muchas más respuestas para dar. Simplemente el objetivo de este escrito es dar argumentos a la persona simple para poder defender su fe contra los ataques de aquellos que creen tener todas las respuestas. Yo no creo tener todas las respuestas y es por eso que día a día me informo, leo y busco de aprender. Tampoco creo que todos los ateos sean malas personas ni nada por el estilo. Tengo amigos no creyentes que son respetuosos, y aún cuando no estemos de acuerdo en todo, en las diferencias vence el respeto. Es por eso que somos amigos. Lamentablemente no todos aquellos que no profesan una religión respetan a los creyentes, como a su vez, existen creyentes que desprecian a los no creyentes. El objetivo de estas “catequesis” (por llamarlas de alguna manera) es ayudar a

los creyentes a entender que la fe no es un cuento de adas ni nada que sea irracional. La fe supera nuestra razón pero no la contradice. Sin embargo, nadie tiene que usar la sabiduría para humillar a nadie, sino que esta debe ser utilizada con la máxima humildad y siempre en orden a buscar la verdad. Quien luego de leer estas cosas hable con sus amigos no creyentes y los trate de ignorantes o iletrados por no creer en Dios, no ha entendido nada de la verdadera sabiduría, pues la verdad defendida sin caridad no hace ningún bien sino más bien que produce el efecto contrario.

Volviendo a nuestro tema, se puede decir que los ingleses inventaron el futbol y el rugby. Antes de que los ingleses inventasen estos juegos, no existían los mundiales de los susodichos deportes. Una vez inventados el futbol y el rugby, ambos dos se expandieron por todo el mundo. También según mis conocimientos de historia (que no digo que sean los mejores), la cerveza fue inventada en Alemania hace unos mil años aproximadamente. De Alemania la cerveza se expandió por todo el mundo, al punto que hoy en día, vayamos donde vayamos podemos juntarnos con los amigos y festejar cualquier evento con una buena “Guinness”. También se cuenta que el chocolate tuvo sus orígenes en México (aunque en nuestros tiempos es Suiza la que lleva la delantera en la producción de chocolates), y de allí se expandió para todo el globo terráqueo, y hoy en día se puede festejar el cumpleaños con una buena torta.

En fin, cuando alguien inventa algo quiere decir que HASTA ESE MOMENTO ESA COSA/ARTEFACTO/MUEBLE O COMO SE LLAME, NO ESTABA Y DESDE SU INVENTO COMENZÓ A ESTAR (de lo contrario, no se lo podría llamar “invento de”). Ahora, si la religión o Dios es un invento del hombre, ¿Quién fue el inventor de Dios o de la religión? ¿Cómo es posible que la religión y los dioses se hayan encontrado en todos los pueblos, cultos o bárbaros? No en todas las regiones se ha inventado el futbol, o el chocolate, o la cerveza. Sin embargo, desde que el hombre es hombre, en todas las regiones del mundo y en todos los tiempos, los pueblos han admitido la existencia de UN SER SUPREMO. Cuando hablamos de “todos los pueblos” debemos entender su totalidad “moral”; materialmente pueden encontrarse excepciones, individuales y tal vez el caso de tribus ateas o semi ateas (esto es un postulado hipotético, ya que los estudiosos más serios niegan que alguna vez haya habido en la historia pueblos completamente ateos). Pero la

excepción no cancela la regla sino que la confirma, y por eso puede hablarse de unanimidad moral.

Obviamente que los pueblos no han coincidido en su creencia sobre la naturaleza divina. Unos han adorado dioses de piedra, otros animales en lugar de Dios, muchos han rendido culto a los astros (particularmente el sol y la luna), muchos atribuyeron a sus ídolos cualidades buenas o malas, etc. Así lo demuestran los templos, los altares, los sacrificios, cuyos rastros se encuentran por doquier, tanto entre los pueblos antiguos como entre los modernos. Antiguamente el historiador Plutarco escribía: “Echad una mirada sobre la superficie de la tierra y hallaréis ciudades sin murallas, sin letras, sin magistrados, pueblos sin casas, sin moneda; pero nadie ha visto jamás un pueblo sin Dios, sin sacerdotes, sin ritos ni sacrificios. Yo he buscado el ateísmo o falta de creencia en Dios entre las razas humanas, desde las más inferiores hasta las más elevadas. El ateísmo no existe en ninguna parte, y todos los pueblos de la tierra, tanto los salvajes de América como los habitantes del África, creen en la existencia de Dios”.

Con esto no estoy afirmando que todas las religiones sean iguales ni que todas sean verdaderas. Yo no soy relativista ni nada que se le parezca. Simplemente me hago esta pregunta: Si Dios es un invento del hombre, ¿Cómo es posible que en todos los pueblos, en todas las culturas, en toda la faz de la tierra los hombres hayan inventado la misma cosa? Resulta que el fútbol, la cerveza, el chocolate y otros utensillos no se conocieron hasta que un pueblo no los inventó. Pero en el caso de Dios, ¿Cómo es posible que todos los pueblos y culturas hayan inventado la misma cosa? Ciertamente que no todos los pueblos y culturas tienen el mismo dios ni las mismas creencias, pero ¿Cómo es posible que todos los pueblos y culturas tengan un dios o una creencia? ¿Existe telepatía entre los hombres de todos los tiempos, culturas, razas y países con respecto a la religión que nos decidimos a inventar la misma cosa y la hacemos durar a lo largo de los siglos? Resulta que así como los hombres de todos los tiempos, razas y culturas se visten, comen y beben, **DE LA MISMA MANERA TODOS LOS HOMBRES DE TODOS LOS TIEMPOS TIENEN UN DIOS Y UNA RELIGIÓN.**

Si uno tiene honestidad intelectual tiene que admitir el consentimiento unánime de todos los hombres sobre un punto tan importante es necesariamente la expresión de la verdad. A Dios no

lo inventaron los sacerdotes, pues el sacerdocio toma origen de una creencia anterior en la existencia de un Dios al cual hay que rendirle culto. Tampoco las pasiones humanas inventaron a Dios, ya que estas más bien tienden a borrar la idea de un Ser Supremo que las contraría y les pone límites. Ni siquiera a Dios lo pudieron haber inventado los prejuicios, pues un prejuicio jamás puede extenderse a todos los tiempos, a todos los pueblos y a todos los hombres; tarde o temprano lo disipa la ciencia o el sentido común. Mucho menos lo inventó la ignorancia, pues entre los grandes sabios siempre se han contado fervorosos creyentes en Dios (Aristóteles, Platón, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Einstein). Obviamente, tampoco a Dios lo puede inventar el temor, ya que nadie teme lo que no existe, el temor de Dios más bien prueba su existencia. Por último, tampoco al Señor lo inventaron los políticos, sino más bien todo lo contrario, la mayoría de ellos busca confirmar sus leyes con autoridad divina.

Por lo tanto, hay que concluir que Dios no es un invento de los hombres, sino más bien que la creencia en todos los pueblos solo puede tener origen en Dios mismo, que se ha dado a conocer desde el principio del mundo a nuestros primeros padres, o bien que ha sido conocido por medio de sus creaturas. Esta es LA PRIMER PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS. Quedan ver las otras, que las veremos en los últimos escritos que pondré a disposición en los próximos días.

Nuevamente, que Dios los bendiga y la Virgen los proteja siempre.

Padre Tomás

PARTE VI

Hemos llegado a un tema candente como lo es la discusión sobre la existencia de Dios. Muchos ateos (no todos obviamente) quieren hacernos creer a nosotros, los creyentes, que hay más argumentos probatorios de la “no existencia de Dios” que de la “existencia”. Esto es completamente falso, PUES EXISTEN MÁS ARGUMENTOS RACIONALES A FAVOR DE LA EXISTENCIA DE DIOS. Con esto no quiero explicar la fe, pues la fe es un don divino INEXPLICABLE. Simplemente trato de distinguir (como nos enseñó el mismo Santo Tomás de Aquino) aquellas verdades que pertenecen a la fe, y

aquellas que pertenecen a la razón. La verdad sobre la existencia de Dios pertenece a la razón, no solamente a la fe. Ahora bien, ¿Cómo es la esencia de Dios? Es más lo que no conocemos de la esencia divina que lo que conocemos, pues el Altísimo es inabarcable e infinito, y nuestra pobre mente tiene límites. Hay cosas que la razón por naturaleza jamás podrá entender, ya que entender todos los misterios divinos sería entenderlo al mismo Dios, lo cual es imposible. Si nosotros entendiésemos al Señor en su totalidad, entonces Dios no sería infinito, porque nuestra mente es finita. Si Dios cabe en nuestra mente, entonces Él también es finito como nosotros, y por lo tanto no es Omnipotente y ni siquiera puede llamarse Dios. Ergo, ES LÓGICO QUE A DIOS NO LO PODAMOS ENTENDER, YA QUE NOSOTROS NO SOMOS INFINITOS NI OMNIPOTENTES COMO ÉL. De Dios es más lo que no sabemos que lo que sabemos, pues es muy poquito lo que podemos decir de la esencia divina.

Lo que sí, hay que dejar clara una cosa: A LA EXISTENCIA DE DIOS, PODEMOS LLEGAR CON NUESTRA MENTE. Dicho con otras palabras, racionalmente podemos llegar a la existencia de un Ser Supremo. Ahora bien, JAMÁS PODEMOS CONOCER RACIONALMENTE LA ESENCIA DIVINA EN SU TOTALIDAD, puesto que el Señor es el Ipsum Esse Subsistens, y por lo tanto su perfección no tiene límites, en contraste con la nuestra, que es más que limitada.

En cuanto a las pruebas de la existencia de Dios, copio un capítulo del libro “Verdades Robadas”, del P. Miguel Ángel Fuentes. Este libro tiene cosas discutibles, pero los primeros dos capítulos son realmente formidables. En el primer capítulo, el autor trata el tema del relativismo. En el segundo, habla de las distintas pruebas de la existencia de Dios. Creo que es un resumen muy útil para aquellos que quieran tener buenos argumentos para defender su fe contra las personas que la ataquen. Si uno aprende de memoria las cinco vías de la existencia de Dios de Santo Tomás de Aquino (el P. Miguel Ángel Fuentes las explica muy bien), no quiere decir que podrá convertir al cristianismo a un ateo. La fe es un don, y si Dios no lo da

nadie lo puede recibir. Sin embargo, la fe entra por el oído, y aunque Dios puede infundir este don de la manera que Él quiera, el camino ordinario es la enseñanza. Quien no entiende ciertas cosas, difícilmente tenga predisposición para creer lo que no entiende. Para poder creer, se debe entender. Repito, no es que la fe puede entenderse en su totalidad, pero lo que debe entenderse es que ES RACIONAL CREER, puesto que hay cosas que no son contradictorias con nuestra razón, sino que más bien la superan. Las cinco vías de Santo Tomás de Aquino pueden que no produzcan en los no creyentes el don de la fe, pero si la persona tiene buena voluntad, este razonamiento PREDISPONE A LA PERSONA PARA QUE LA GRACIA DE DIOS PUEDE ACTUAR.

Conozco una persona que estuvo a punto de perder la fe, y leyendo a Santo Tomás de Aquino (sobre todo leyendo las cinco vías) se decidió a investigar más el tema, y esa persona hoy en día es religioso de una orden católica. Esa misma persona me dijo con mucho entusiasmo: “yo soy una persona muy racional, y si no hubiese leído las cinco vías del Dr. Angélico, no sé si hubiese tenido la posibilidad de conservar mi fe, ni mucho menos de hacer votos religiosos. Obviamente que sin la gracia de Dios nadie puede creer, y fue el Espíritu Santo quien me concedió la fe, pero para mí es claro que el Espíritu Santo utilizó como instrumento a Santo Tomás de Aquino para que yo hoy en día pudiese consagrarme al Señor”.

El testimonio de este cristiano nos muestra cuán importante es entender rectamente la relación entre la fe y la razón. Tanto el fideísmo como el racionalismo son errores graves que terminan destruyendo nuestra relación con Dios. Como cristianos debemos tener bien en claro que la fe y la razón no se contradicen sino que se complementan. La fe supera a la razón, pero no la contradice, y esa armonía entre fe y razón fue uno de los logros más importantes del Aquinate, cuya Suma Teológica es uno de los tesoros de nuestra Santa Madre Iglesia.

Luego de esta introducción, dejo a ustedes la lectura del segundo capítulo del libro "Verdades Robadas". Son 15 páginas que no nos hacen perder el tiempo, sino más bien todo lo contrario. Son páginas que nutren nuestra razón para que luego podamos nutrir nuestra alma, ya que con la razón y la revelación divina (esta última es la más importante) conocemos a Dios, y mientras más lo conozcamos más podremos amarlo y gozar de su gracia infinita.

En la próxima publicación trataré de concluir este tema hablando de Dios como fin último del hombre.

Dios los bendiga y la Virgen los proteja con su manto maternal.

Padre Tomás

Vanos por naturaleza todos los hombres en quienes se encontró ignorancia de Dios y no fueron capaces de conocer por las cosas buenas que se ven a Aquél que es, ni, atendiendo a las obras, reconocieron al Artífice; sino que al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a las lumbreras del cielo los consideraron como dioses, señores del mundo. Pues si, cautivados por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja el Señor de éstos, pues fue el Autor mismo de la belleza quien los creó. Y si fue su poder y eficiencia lo que les dejó sobrecogidos, deduzcan de ahí cuánto más poderoso es Aquel que los hizo; pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor... Pues si llegaron a adquirir tanta ciencia que les capacitó para indagar el mundo, ¿cómo no llegaron primero a descubrir a su Señor? (Sb 13,1-5. 9)

1. La verdad robada sobre Dios:

La existencia de un Dios personal

¿Existe Dios? Su existencia ¿es una cuestión religiosa o científica? ¿Puede uno ser un profesional y creer en Dios? Para muchos el contacto con el mundo científico (falsamente científico, se entiende) es la puerta por la que entran al mundo del ateísmo, o al menos del agnosticismo. He escuchado varias veces la frase “yo me declaro agnóstico”, en boca de personas famosas; probablemente ignoran que tal afirmación equivale a declararse manco o ciego o impotente en el plano intelectual. El conocimiento de Dios es ciertamente una cuestión religiosa, si se entiende por “cuestión religiosa” un problema de fe; pero *también* es una cuestión científica, pues la filosofía es una ciencia, y nuestra inteligencia, filosofando llega a esta gran verdad.

Para que entendamos los alcances de este tema dejemos sentado lo que enseña la Iglesia sobre Dios. La enseñanza sobre Dios que nos da la Iglesia es una enseñanza teológica, es decir, está compuesta por verdades sobre Dios que la Iglesia sostiene como reveladas (ya sea porque están contenidas en la Sagrada Escritura, o bien reveladas en la tradición y han sido definidas como tales por el magisterio de la Iglesia), y contiene también verdades a las que nuestra inteligencia puede acceder a partir de sus fuerzas naturales. Conocemos de Dios no sólo su existencia sino sus atributos o cualidades, su esencia íntima (es un solo Dios en tres Personas distintas, es decir es *Trinidad*), conocemos su plan de salvación sobre los hombres (revelado en la Sagrada Escritura, particularmente en el Nuevo Testamento).

Científicamente algunas de estas verdades no son alcanzables pues sobrepasan la capacidad de nuestro intelecto; estas verdades superiores a nuestra potencia natural son denominadas “misterios intrínsecamente sobrenaturales”, y como tales sólo pueden ser conocidos por Dios y por aquel a quien Dios quiera manifestarlos (= revelarlos o *des-velarlos*). Tal es el caso del misterio de la Trinidad, del pecado original, de la Encarnación de Dios (Jesucristo) y su obra salvadora. La ciencia no puede alcanzarlas con su propio método,

pues éste parte de las cosas naturales y se eleva al conocimiento de las causas por métodos naturales y con la fuerza que le da la sola razón humana natural. Pero estrictamente hablando la ciencia *tampoco* puede refutarlas ni contradecirlas puesto que precisamente por definición escapan a su campo. Un ciego no puede ver los colores, pero tampoco puede decir que no haya colores, ni que lo que yo veo blanco es verde, puesto que no tiene capacidad para captarlos; escapa a su facultad; un sordo no puede oír los sonidos, pero tampoco puede decir que una orquesta está desafinada, pues el mundo de los sonidos es desconocido para él. La ciencia, por tanto, deja de ser ciencia si se mete en un campo que no es el suyo. De este modo un científico no tiene autoridad para hablar de lo que no es su competencia; el ser matemático o biólogo no lo autoriza a hablar de lo que su ciencia matemática o biológica no le enseña ni de aquello para lo que no lo capacita; al igual que un astrónomo sordo no puede opinar sobre sinfonías por más que sea el mejor de los astrónomos. Creo que esto debe quedar claro para deslindar competencias, pues muchos de los problemas planteados contra la fe son empuñados por personas que no tienen fe y, lo que es realmente grave, a partir de disciplinas que nada tienen que ver con la fe (es decir, con el plano del misterio sobrenatural).

De todos modos, nosotros no hablaremos propiamente aquí de ese mundo intrínsecamente sobrenatural, sino del orden natural y de aquello que está a nuestro alcance intelectual. Igualmente a esto se aplica lo dicho en el parágrafo anterior: el problema de la existencia de Dios es una verdad natural pero *metafísica* o filosófica; por tanto sigue habiendo una indebida invasión de terreno cuando las objeciones contra (o negaciones de) una verdad filosófica provienen no ya de la filosofía sino de una ciencia puramente experimental (o sea que no llega al plano filosófico). Un médico puede hablar con autoridad de enfermedades y objetar tal o cual tratamiento terapéutico, pero no puede, en cuanto médico discutir sobre la esencia de las cosas, pues la medicina lo deja ciego, sordo y mudo para este mundo. Lo mismo se diga del matemático, del astrónomo, del biólogo y de los demás científicos (para abordar estos temas tendrán que ser también filósofos). Lamentablemente, la mayoría de las oposiciones a verdades estrictamente filosóficas provienen de campos infra y extra filosóficos. ¡Y les damos cabida!

“El problema de Dios, ha escrito Cornelio Fabro, uno de los filósofos más eminentes del siglo XX, es el interrogante primero y último del hombre porque busca el Primer Principio sea del ser como del no ser; por eso se puede decir por su centralidad que es el *problema esencial del hombre esencial* y por su universalidad es el *problema del hombre común*”.

El problema de Dios (de si Dios existe o no) es el más universal de los problemas; al punto tal que todo hombre se lo plantea, ya de viejo o en su juventud, sea poeta, soldado, artesano, campesino o filósofo, sea hombre o mujer. Y se declare como se declare: ateo, agnóstico o creyente; pues el ateo es quien ante tal planteo se extravió hasta la negación de Dios; el agnóstico desistió en su camino y el creyente llegó a puerto. No es un viaje fácil, según dicen los filósofos y los teólogos; el mismo Santo Tomás dice que algunos no han podido dedicarse a este estudio por su compleción defectuosa, otros por tener ocupaciones familiares absorbentes, y otros, en fin, por pereza; e incluso los que se dedican a la filosofía sólo con esfuerzo llegan a estas alturas del conocimiento de Dios, en particular cuando las pasiones los enceguecen, de aquí la gran misericordia de Dios, al facilitarnos su conocimiento por medio de su propia revelación. Pero a pesar de todas las dificultades, esta es la aventura más emocionante en la que podemos embarcarnos.

Los filósofos de todos los tiempos han intentado llegar a la demostración de la existencia de Dios. De ahí tantas pruebas distintas. El P. Cornelio Fabro, en su obra *“Le prove dell’esistenza di Dio”* (Las pruebas de la existencia de Dios), analiza las pruebas dadas por filósofos de la antigüedad, como Sócrates, Platón, Aristóteles, Cleantes, Filón, Plotino, Proclo, etc., por los primeros pensadores cristianos como Orígenes, Gregorio de Nissa, Agustín, Boecio, Juan Damasceno, etc.; filósofos árabes y judíos como Alfarabí, Avicbrón, Avicena, Algazel, Averroes, Maimonides; filósofos y teólogos medievales como Buenaventura, Tomás de Aquino, Juan Duns Escoto, Ockam, Dante Alighieri, Nicolás de

Cusa; y pensadores modernos como Descartes, Pascal, Locke, Leibniz, Vico, Wolff, Kant, Hegel, Rosmini, Newman, Kierkegaard, etc. Como vemos es un argumento que ha interesado a muchos; y desde los más diversos campos han llegado a Dios, con pruebas más o menos serias, más o menos probatorias. En algunos casos, con argumentos que, por partir de principios falsos, podían terminar al revés, en la negación de Dios.

Podemos reducir las pruebas (o *vías*, como las llama la tradición filosófica) a dos categorías: las cinco vías tomistas y “las demás”. En rigor científico las vías realmente probatorias son las cinco vías usadas por Santo Tomás; las otras pueden darnos una aproximación a la verdad de la existencia de Dios, pero por sí solas son insuficientes.

1. Las “otras” pruebas (argumentaciones secundarias)

Hay pruebas que nos “ponen en la pista” de la existencia de Dios. Rigurosamente no son plenamente demostrativas, pero ya abren nuestra inteligencia y la encaminan a esta gran verdad.

1. a) *Por la existencia del hombre, inteligente y libre*

Se puede demostrar particularmente la existencia de Dios por la existencia del hombre, inteligente y libre, pues no hay efecto sin una causa capaz de producirlo.

Un ser que piensa, reflexiona, raciocina y quiere, no puede provenir sino de una causa inteligente y creadora; y como esa causa inteligente y creadora es Dios, se sigue que la existencia del hombre demuestra la existencia de Dios.

Es un hecho indubitable que no he existido siempre, que los años y días de mi vida pueden contarse; si, pues, he comenzado a existir en un momento dado, ¿quién me ha dado la vida?

1° No he sido yo mismo. Antes de existir, yo nada era, no tenía ser; y lo que no existe, no produce nada.

2° No fueron sólo mis padres. El verdadero autor de una obra puede repararla cuando se deteriora, o rehacerla cuando se destruye. Ahora bien, mis padres no pueden sanarme cuando estoy enfermo con una dolencia grave, ni resucitarme después de muerto. Si solamente mis padres fuesen los autores de mi vida, ¿por qué no pueden hacerme perfecto? ¿Qué padre, qué madre, no trataría de hacer a sus hijos perfectos? Además, mi alma es simple y espiritual, no puede proceder de mis padres: no de su cuerpo, pues entonces sería material; no de su alma, porque el alma es indivisible; ni de su poder creador, pues ningún ser creado puede crear.

3° No puedo deber mi existencia a ningún ser visible de la creación. Porque, en cuanto dotado de entendimiento y voluntad soy superior a todos los seres irracionales.

Si no soy fruto de mí mismo, ni de mis padres, ni de ningún otro ser creado, sólo explica mi existencia un Espíritu creador que sea

Increado. Alguien que haya podido sacar mi alma de la nada, es decir, crearla. Y como un ser que reúna estas cualidades (espíritu, increado y creador) es lo que todos llaman Dios, entonces mi existencia y mi naturaleza postulan la existencia de Dios.

1. b) *Por la existencia de la ley moral*

También probaría la existencia de Dios el hecho de la ley moral. Existe, en efecto, una ley moral, absoluta, universal, inmutable, que manda hacer el bien, prohíbe el mal y domina en la conciencia de todos los hombres (hablaré de esta ley en un capítulo especial). El que obedece esta ley, siente la satisfacción del deber cumplido; el que la desobedece, es víctima del remordimiento.

Ahora bien, como no hay efecto sin causa, ni ley sin legislador, esa ley moral exige la existencia de un autor, el cual es Dios. Luego por la existencia de la ley moral llegamos a deducir la existencia de Dios.

Él es el Legislador supremo que nos impone el deber ineludible de practicar el bien y evitar el mal; el testigo de todas nuestras acciones; el juez inapelable que premia o castiga, con la tranquilidad o los remordimientos de conciencia.

Nuestra conciencia nos enseña: 1º, que entre el bien y el mal existe una diferencia esencial; 2º, que debemos practicar el bien y evitar el mal; 3º, que todo acto malo merece castigo, y toda obra buena es digna de premio.

Por eso nuestra conciencia se alegra y se aprueba a sí misma cuando procede bien, y se reprueba y condena cuando obra mal. Por tanto, existe en nosotros una ley moral, naturalmente impresa y grabada en nuestra conciencia.

¿Cuál es el origen de esa ley? Evidentemente debe haber un legislador que la haya promulgado, así como no hay efecto sin causa. Esa ley moral es inmutable en sus principios, independiente de nuestra voluntad, obligatoria para todo hombre, y no puede tener otro autor que un ser soberano y supremo, que no es otro que Dios.

Además de lo dicho, se ha de tener presente que si no existe legislador, la ley moral no puede tener sanción alguna; puede ser quebrantada impunemente. Luego una de dos: o es Dios el autor de esa ley, y entonces existe; o la ley moral es una quimera, y en ese caso no existiría diferencia entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, la justicia y la iniquidad, y la sociedad sería imposible. El *sentimiento íntimo* manifiesta a todo hombre la existencia de Dios. Por natural instinto, principalmente en los momentos de ansiedad o de peligro, se nos escapa este grito: *¡Dios mío!...* Es el grito de la naturaleza. “El más popular de todos los seres es Dios – dijo Lacordaire: el pobre lo llama, el moribundo lo invoca, el pecador le teme, el hombre bueno le bendice. No hay lugar, momento, circunstancia, sentimiento, en que Dios no se halle y sea nombrado, La cólera cree no haber alcanzado su expresión suprema, sino después de haber maldecido este *Nombre adorable*; y la blasfemia es asimismo el homenaje de una fe que se rebela al olvidarse de sí misma”. Nadie blasfema de lo que no existe. La rabia de los impíos, como las bendiciones de los buenos, testimonia la existencia de Dios.

1. c) *Por el deseo natural de perfecta felicidad*

Este argumento puede exponerse del siguiente modo: nos consta que todo ser humano tiene un deseo natural e innato de alcanzar la felicidad plena; también nos consta que ese deseo no puede ser inútil o ineficaz; y nos consta que no podemos alcanzar la felicidad sino en un Bien infinito, que no puede ser otro que Dios.

1º Nos consta con toda certeza que el corazón humano apetece la plena y perfecta felicidad con un deseo natural e innato.

Esta proposición es evidente para cualquier espíritu reflexivo. Consta, efectivamente, que todos los hombres del mundo aspiran a ser felices en el grado máximo posible. Nadie que esté en su sano juicio puede poner coto o limitación alguna a la felicidad que quisiera alcanzar: cuanta más, mejor. La ausencia de un mínimo indispensable de felicidad puede arrojarnos en brazos de la desesperación; pero no podrá arrancarnos, sino que nos aumentará todavía más el deseo de la felicidad. El mismo suicida –decía Pascal– busca su propia felicidad al ahorcarse, ya que cree –aunque con tremenda equivocación– que encontrará en la muerte el fin de sus dolores y amarguras. Es, pues, un hecho indiscutible que todos los hombres aspiran a la máxima felicidad posible con un deseo fuerte, natural, espontáneo, innato; o sea, con un deseo que brota de las profundidades de la propia naturaleza humana.

2º Nos consta también con toda certeza que un deseo propiamente natural e innato no puede ser vano, o sea, no puede recaer sobre un objetivo o finalidad inexistente o de imposible adquisición.

La razón es porque la naturaleza no hace nada en vano, todo tiene su finalidad y explicación. De lo contrario, ese deseo natural e innato, que es una realidad en todo el género humano, no tendría

razón suficiente de ser, y es sabido que “nada existe ni puede existir sin razón suficiente de su existencia”.

3° Nos consta, finalmente, que el corazón humano no puede encontrar su perfecta felicidad más que en la posesión de un Bien Infinito. Por tanto existe el Bien Infinito al cual llamamos Dios.

El hombre no puede encontrar su plena felicidad en ninguno de los bienes creados en particular ni en la posesión conjunta y simultánea de todos ellos, porque *ni puede poseerlos todos* (como nos enseña claramente la experiencia universal: nadie posee ni ha poseído jamás a la vez todos los bienes *externos* –riquezas, honores, fama, gloria, poder–, y todos los del *cuerpo* –salud, placeres–, y todos los del *alma* –ciencia, virtud–; muchos de ellos son incompatibles entre sí y jamás pueden llegar a reunirse en un solo individuo), *ni serían suficientes* aunque pudieran conseguirse todos, ya que no reúnen ninguna de las condiciones esenciales para la perfecta felicidad objetiva pues son bienes *creados* (por consiguiente finitos e imperfectos); *no excluyen todos los males* (puesto que el mayor mal es carecer del Bien Infinito, aunque se posean todos los demás); *no sacian plenamente* el corazón del hombre (como consta por la experiencia propia y ajena); y, finalmente, son bienes *caducos y perecederos*, que se pierden fácilmente y desaparecerán del todo con la muerte. Es, pues, imposible que el hombre pueda encontrar en ellos su verdadera y plena felicidad.

Solamente un *Bien Infinito* puede llenar por completo las aspiraciones inmensas del corazón humano, satisfaciendo plenamente su apetito natural e innato de felicidad. Por ende hay que concluir que ese Bien Infinito existe realmente, si no queremos incurrir en el absurdo de declarar vacío de sentido ese apetito natural e innato que experimenta absolutamente todo el género humano.

2. Las vías de Santo Tomás (argumentos realmente probatorios)

Veamos ahora los argumentos que son ciertamente probatorios, expuestos en su conjunto con suma claridad por Tomás de Aquino. Se los llama “vías”, por ser *itinerarios* por los que la mente llega a la existencia de Dios.

1. a) *La primera vía: la vía del movimiento*

La primera vía para demostrar la existencia de Dios puede formularse del siguiente modo: *el movimiento del universo exige un Primer Motor inmóvil, que es precisamente Dios.*

Dice Santo Tomás de Aquino: “Es innegable y consta por el testimonio de los sentidos que en el mundo hay cosas que se mueven. Pues bien: todo lo que se mueve es movido por otro, ya que nada se mueve más que en cuanto está en *potencia* respecto a aquello para lo que se mueve. En cambio, mover requiere estar en *acto*, ya que mover no es otra cosa que hacer pasar algo de la potencia al acto, y esto no puede hacerlo más que lo que está en acto, a la manera como lo caliente en acto, por ejemplo, el fuego, hace que un leño, que está caliente sólo en potencia, pase a estar caliente en acto. Ahora bien: no es posible que una misma cosa esté, a la vez, en acto y en potencia respecto a lo mismo, sino respecto a cosas diversas; y así, por ejemplo, lo que es caliente en acto no puede estar caliente en potencia para ese mismo grado de calor, sino para otro grado más alto, o sea, que en potencia está a la vez frío. Es, pues, imposible que una misma cosa sea a la vez y del mismo modo motor y móvil, o que se mueva a sí misma. Hay que concluir, por consiguiente, que todo lo que se mueve es movido por

otro. Pero si este otro es, a su vez, movido por un tercero, este tercero necesitará otro que le mueva a él, y éste a otro, y así sucesivamente. Mas no se puede proceder indefinidamente en esta serie de motores, porque entonces no habría ningún primer motor y, por consiguiente, no habría motor alguno, pues los motores intermedios no mueven más que en virtud del movimiento que reciben del primero, lo mismo que un bastón nada mueve si no lo impulsa la mano. Es necesario, por consiguiente, llegar a un Primer Motor que no sea movido por nadie, y éste es lo que todos entendemos por Dios”

El argumento es de una fuerza demostrativa incontrovertible para cualquier espíritu reflexivo acostumbrado a la alta especulación filosófica. Pero vamos a exponerlo de manera más clara y sencilla para que puedan captarlo fácilmente los lectores no acostumbrados a los altos razonamientos filosóficos.

En el mundo que nos rodea hay infinidad de cosas que se mueven. Es un hecho que no necesita demostración: basta abrir los ojos para contemplar el movimiento por todas partes.

Ahora bien: prescindiendo del movimiento de los seres *vivos*, que, en virtud precisamente de la misma vida, tienen un movimiento *inmanente* que les permite crecer o trasladarse de un sitio a otro sin más influjo *aparente* que el de su propia naturaleza o el de su propia voluntad, es un hecho del todo claro e indiscutible que los seres *inanimados* (o sea, todos los pertenecientes al reino mineral) no pueden moverse a sí mismos, sino que necesitan que alguien los mueva. Si nadie mueve a una piedra, permanecerá quieta e inerte por toda la eternidad, ya que ella no puede moverse a sí misma, puesto que carece de *vida* y, por lo mismo, está desprovista de todo movimiento inmanente.

Pues apliquemos este principio tan claro y evidente al mundo sideral y preguntémosnos quién ha puesto y pone en movimiento esa máquina colosal del universo estelar, *que no tiene en sí misma la razón de su propio movimiento, puesto que se trata de seres inanimados pertenecientes al reino mineral*; y por mucho que queramos multiplicar los motores intermedios, no tendremos más remedio que llegar a un *Primer Motor inmóvil* incomparablemente más potente que el universo mismo, puesto que lo domina con soberano poder y lo gobierna con infinita sabiduría. Verdaderamente, para demostrar la existencia de Dios basta contemplar el espectáculo maravilloso de una noche estrellada, sabiendo que esos puntitos luminosos esparcidos por la inmensidad de los espacios como polvo de brillantes son soles gigantescos que se mueven a velocidades fantásticas, a pesar de su aparente inmovilidad.

Jesús Simón ha expuesto este argumento de una manera muy bella y sugestiva: “Sabemos por experiencia, y es un principio inconcuso de mecánica, que la materia es *inerte*, esto es, de suyo indiferente para el movimiento o el reposo. La materia no se mueve ni puede moverte por sí misma: para hacerlo, necesita una fuerza extrínseca que la impela... Si vemos un aeroplano volando por los aires, pensamos al instante en el motor que lo pone en movimiento; si vemos una locomotora avanzando majestuosamente por los rieles, pensamos en la fuerza expansiva del vapor que lleva en sus entrañas. Mas aun: si vemos una piedra cruzando por los aires, discurrimos al instante en la mano o en la catapulta que la ha arrojado.

He aquí, pues, nuestro caso.

Los astros son aglomeraciones inmensas de materia, globos monstruosos que pesan miles de cuatrillones de toneladas, como el Sol, y centenares de miles, como Betelgeuse y Antares. Luego también son inertes de por sí. Para ponerlos en movimiento se ha precisado una fuerza *infinita, extracósmica, venida del exterior*, una

mano *omnipotente* que los haya lanzado como proyectiles por el espacio...

¿De quién es esa mano? ¿De dónde procede la fuerza incontrastable capaz de tan colosales maravillas? ¿La fuerza que avasalló los mundos?

Sólo puede haber una respuesta: la mano, la omnipotencia de Dios”.

Hillaire en su obra *La religión demostrada* expone este mismo argumento en la siguiente forma: “Es un principio admitido por las *ciencias físicas y mecánicas* que la materia no puede moverse por sí misma: una estatua no puede abandonar su pedestal; una máquina no puede moverse sin una fuerza motriz; un cuerpo en reposo no puede por sí mismo ponerse en movimiento Tal es el llamado *principio de inercia*. Luego es necesario un motor para producir el movimiento.

Pues bien; la tierra, el sol, la luna, las estrellas, recorren órbitas inmensas sin chocar jamás unas con otras. La tierra es un globo colosal de cuarenta mil kilómetros de circunferencia, que realiza, según afirman los astrónomos, una rotación completa sobre sí mismo en el espacio de un día, moviéndose los puntos situados sobre el ecuador con la velocidad de veintiocho kilómetros por minuto. En un año da una vuelta completa alrededor del sol, y la velocidad con que marcha es de unos treinta kilómetros por segundo. Y también sobre la tierra, los vientos, los ríos, las mareas, la germinación de las plantas, todo proclama la existencia del movimiento.

Todo movimiento supone un motor; mas como no se puede suponer una serie *infinita* de motores que se comuniquen el movimiento unos a otros, puesto que un *número infinito es tan imposible como un bastón sin extremidades*, hay que llegar necesariamente a un ser primero que comunique el movimiento sin haberlo recibido; hay que llegar a un primer *motor inmóvil*. Ahora bien, este primer ser, esta causa primera del movimiento, es Dios, quien con justicia recibe el nombre de *Primer Motor* del universo.

Admiramos el genio de Newton, que descubrió las leyes del movimiento de los astros; pero ¿qué inteligencia no fue necesaria para establecerlas, y qué poder para lanzar en el espacio y mover con tanta velocidad y regularidad estos innumerables mundos que constituyen el universo?... Napoleón, en la roca de Santa Elena, decía al general Bertrand: ‘Mis victorias os han hecho creer en mi genio: el Universo me hace creer en Dios... ¿Qué significa la más bella maniobra militar comparada con el movimiento de los astros...?’”.

Este argumento, enteramente demostrativo por sí mismo, alcanza su máxima certeza y evidencia si se le combina con el del orden admirable que reina en el movimiento vertiginoso de los astros, que se cruzan entre sí recorriendo sus órbitas a velocidades fantásticas sin que se produzca jamás un choque ni la menor colisión entre ellos. Lo cual prueba que esos movimientos no obedecen a una fuerza ciega de la misma naturaleza, que produciría la confusión y el caos, sino que están regidos por un poder soberano y una inteligencia infinita, como veremos claramente más abajo al exponer la *quinta vía* de Santo Tomás.

Quede, pues, sentado que el movimiento del universo exige un Primer Motor que impulse o mueva a todos los demás seres que se mueven. Dada su soberana perfección, este Primer Motor ha de ser necesariamente *inmóvil*, o sea, no ha de ser movido por ningún otro motor, sino que ha de poseer en sí mismo y por sí mismo la fuerza

infinita que impulse el movimiento a todos los demás seres que se mueven. Este Primer Motor inmóvil, infinitamente perfecto, recibe el nombre adorable de Dios.

1. ***b) La segunda vía: la vía de la causalidad eficiente***

Este segundo procedimiento para demostrar la existencia de Dios puede formularse sintéticamente del siguiente modo: *las causas eficientes segundas reclaman necesariamente la existencia de una Primera Causa eficiente a la que llamamos Dios.*

En filosofía se entiende por *causa eficiente* aquella que, al actuar, produce un efecto distinto de sí misma. Así, el escultor es la causa eficiente de la estatua esculpida por él; el padre es la causa eficiente de su hijo.

Se entiende por *causa eficiente segunda* toda aquella que, a su vez, ha sido hecha por otra causa eficiente anterior. Y así, el padre es causa eficiente de su hijo, pero, a su vez, es efecto de su propio padre, que fue quien le trajo a la existencia como causa eficiente anterior. En este sentido son causas segundas *todas las del universo*, excepto la Primera Causa incausada, cuya existencia vamos a investigar.

La expone Santo Tomás de Aquino: “Hallamos que en el mundo de lo sensible hay un orden determinado entre las causas eficientes; pero no hallamos ni es posible hallar que alguna cosa sea su propia causa, pues en tal caso habría de ser anterior a sí misma, y esto es imposible. Ahora bien: tampoco se puede prolongar indefinidamente la serie de las causas eficientes, porque, en todas las causas

eficientes subordinadas, la primera es causa de la intermedia y ésta es causa de la última, sean pocas o muchas las intermedias. Y puesto que, suprimida una causa, se suprime su efecto, si no existiese entre las causas eficientes una que sea la primera, tampoco existiría la última ni la intermedia. Si, pues, se prolongase indefinidamente la serie de causas eficientes, no habría causa eficiente primera, y, por tanto, ni efecto último ni causa eficiente intermedia, cosa falsa a todas luces. Por consiguiente, es necesario que exista una Causa Eficiente Primera, a la que llamamos Dios”

Como se ve, el argumento de esta segunda vía es también del todo evidente y demostrativo. Pero para ponerlo todavía más al alcance de los no iniciados en filosofía, vamos a poner un ejemplo clarísimo para todos: el origen de la vida en el universo. Es un hecho indiscutible que en el mundo hay seres vivientes que no han existido siempre, sino que han comenzado a existir; por ejemplo, cualquier persona humana. Todos ellos recibieron la vida de sus propios padres, y éstos de los suyos, y así sucesivamente. Ahora bien: es imposible prolongar hasta el infinito la lista de nuestros tatarabuelos. Es forzoso llegar a un primer ser viviente que sea el principio y origen de todos los demás. Suprimido el primero, quedan suprimidos automáticamente el segundo y el tercero y todos los demás; de donde habría que concluir que los seres vivientes actuales no existen realmente, lo cual es ridículo y absurdo. Luego existe un Primer Viviente que es causa y origen de todos los demás.

Ahora bien: este Primer Viviente reúne, entre otras muchas, las siguientes características:

- No tiene padre ni madre, pues de lo contrario ya no sería el primer viviente, sino el tercero, lo cual es absurdo y contradictorio, puesto que se trata del primer viviente en absoluto.

- No ha nacido nunca, porque de lo contrario hubiera comenzado a existir y alguien hubiera tenido que darle la vida, pues de la nada no puede salir absolutamente nada, ya que la nada no existe, y lo que no existe, nada puede producir. Luego ese primer viviente tiene la vida *por sí mismo*, sin haberla recibido de nadie.

- Por tanto es eterno, o sea, ha existido *siempre*, sin que haya comenzado jamás a existir.

- Y así todos los demás seres vivientes proceden necesariamente de él, ya que es absurdo y contradictorio admitir dos o más primeros vivientes: el primero en cualquier orden de cosas se identifica con la unidad absoluta.

- Por ende de él proceden, como de su causa originante y creadora, todos los seres vivientes del universo visible: hombres, animales y plantas, y todos los del universo invisible: los ángeles de que nos hablan las Escrituras.

- Consecuentemente es superior y está infinitamente por encima de todos los seres vivientes del universo, a los que comunicó la existencia y la vida.

Hay que concluir forzosamente que el Primer Viviente que reúne estas características tiene un nombre adorable: es, sencillamente, Dios.

Esto mismo Hillaire lo expone diciendo: “Las *ciencias físicas y naturales* nos enseñan que hubo un tiempo en que no existía ningún ser viviente sobre la tierra. ¿De dónde, pues, ha salido la vida que ahora existe en ella: la vida de las plantas, la vida de los animales, la vida del hombre?

La *razón* nos dice que ni siquiera la *vida vegetativa* de una planta y menos la *vida sensitiva* de los animales, y muchísimo menos la *vida intelectual* del hombre, han podido brotar de la materia, ¿Por qué? Porque nadie da lo que no tiene; y como la materia carece de vida, no puede darla.

Los ateos se encuentran acorralados por este dilema: o bien la vida *ha nacido espontáneamente* sobre el mundo, fruto de la materia por *generación espontánea*; o bien hay que admitir una *causa distinta del mundo*, que fecunda la materia y hace brotar la vida. Ahora bien: después de los experimentos concluyentes de Pasteur, ya no hay sabios verdaderos que se atrevan a defender la *hipótesis de la generación espontánea*; la verdadera ciencia establece que *nunca un ser viviente nace sin germen vital, semilla, huevo o renuevo*, proveniente de otro ser viviente de la misma especie.

Pero ¿cuál es el origen del primer ser viviente de cada especie? Remontaos todo lo que queráis de generación en generación: siempre habrá que llegar a un primer creador, que es Dios, *causa primera de todas las cosas*. Es el viejo argumento del *huevo y la gallina*; mas no por ser viejo deja de ser molesto para los ateos”.

Este argumento del origen de la vida es un simple caso particular del argumento general de la necesidad de una Primera Causa

eficiente y puede aplicarse, por lo mismo, a todos los demás seres existentes en el universo. Cada uno de los seres, vivientes o no, que pueblan la inmensidad del universo, constituye una prueba concluyente de la existencia de Dios; porque todos esos seres son necesariamente *el efecto de una causa que los ha producido*, la obra de un Dios creador. Por supuesto que no aceptarán esta demostración, ni otras semejantes, aquellos pensadores que nieguen la validez del “principio de causalidad” (que dice que no hay efecto sin causa), como por ejemplo William James –muy alabado nuevamente en nuestros tiempos– quien afirmaba en una de sus principales obras que “la causalidad es demasiado oscura como principio para llevar el peso de toda la estructura de la teología”. Esto, que no solo lo afirma James, se escribe pronto sobre un papel y es fácil hacerlo creer a los demás desde una cátedra universitaria cuando los demás en lugar de espíritu crítico nos tienen respeto admirativo... pero no es posible vivirlo. Es probable que el mismo James, agarrándose el estómago en medio de algún retorcijón haya pensado para sus adentros: “deben ser los duraznos verdes que comí ayer”, o “esto me pasa por glotón”; o simplemente habrá impedido que alguno de sus hijos meta los dedos en el enchufe o curioseee de cerca a los leones del zoológico de New York... llevado por *su convicción vital* de que hay una relación de causa y efecto – principio de causalidad– entre estos acontecimientos, lo cual aunque lo niegue *intelectualmente* le resulta evidente *vitalmente*. Esto muestra que los filósofos necios cuando pasean en pijama por sus casas suelen guiarse por el sentido común, el cual abandonan junto con sus pijamas cuando salen para dar clase. El día que dejan de hacerlo terminan durmiendo en un caño, como Diógenes, o en el manicomio como Nietzsche.

Vamos a ver esto mismo desde otro punto de vista distinto.

1. **c) La tercera vía: por la contingencia de los seres**

El argumento fundamental de la tercera vía para demostrar la existencia de Dios puede formularse sintéticamente del modo siguiente: *la contingencia de las cosas del mundo nos lleva con toda certeza al conocimiento de la existencia de un Ser Necesario que existe por sí mismo, al que llamamos Dios.*

Aclaremos algunos conceptos:

- un *ser contingente* es aquel que existe, pero podría no existir; o también, aquel que comenzó a existir y dejará de existir algún día; tales son todos los seres corruptibles del universo;
- un *ser necesario* es aquel que existe y no puede dejar de existir; o también, aquel que, teniendo la existencia de sí y por sí mismo, ha existido siempre y no dejará jamás de existir.

El argumento lo expone Santo Tomás: “La tercera vía considera el ser posible o contingente y el necesario, y puede formularse así: Hallamos en la naturaleza cosas que pueden existir o no existir, pues vemos seres que se engendran o producen y seres que mueren o se destruyen, y, por tanto, tienen posibilidad de existir o de no existir.

Ahora bien: es imposible que los seres de tal condición hayan existido siempre, ya que lo que tiene posibilidad de no ser hubo un tiempo en que de hecho no existió. Si, pues, todas las cosas existentes tuvieran la posibilidad de no ser, hubo un tiempo en que ninguna existió de hecho. Pero, si esto fuera verdad, tampoco ahora existiría cosa alguna, porque lo que no existe no empieza a existir más que en virtud de lo que ya existe, y, por tanto, si nada existía, fue imposible que empezase a existir alguna cosa, y, en consecuencia, ahora no existiría nada, cosa evidentemente falsa.

Por consiguiente, no todos los seres son meramente posibles o contingentes, sino que forzosamente ha de haber entre los seres alguno que sea necesario. Pero una de dos: este ser necesario o tiene la razón de su necesidad en sí mismo o no la tiene. Si su necesidad depende de otro, como no es posible admitir una serie indefinida de cosas necesarias cuya necesidad dependa de otras – según hemos visto al tratar de las causas eficientes–, es forzoso llegar a un Ser que exista necesariamente *por sí mismo*, o sea, que no tenga fuera de sí la causa de su existencia necesaria, sino que sea causa de la necesidad de los demás. Y a este Ser absolutamente necesario lo llamamos Dios”

Se trata, como se ve, de un razonamiento absolutamente demostrativo en todo el rigor científico de la palabra. La existencia de Dios aparece a través de él con tanta fuerza como la que lleva consigo la demostración de un teorema de geometría. No es posible substraerse a su evidencia ni hay peligro alguno de que el progreso de las ciencias encuentre algún día la manera de desvirtuarla, porque estos principios metafísicos trascienden la experiencia de los sentidos y están por encima y más allá de los progresos de la ciencia.

Que el ser necesario se identifica con Dios es cosa clara y evidente, teniendo en cuenta algunas de las características que la simple razón natural puede descubrir con toda certeza en él. He aquí las principales:

- El ser necesario es infinitamente perfecto. Consta por el mero hecho de existir en virtud de su propia esencia o naturaleza, lo cual supone el conjunto de todas las perfecciones posibles y en grado supremo. Porque posee la *plenitud del ser* y el ser comprende todas las perfecciones: es, pues, infinitamente perfecto.

- No hay más que un ser necesario. El Ser necesario es infinito; y dos infinitos no pueden existir al mismo tiempo. Si son distintos, no son ni infinitos ni perfectos, porque ninguno de los dos posee lo que pertenece al otro. Si no son distintos, no forman más que un solo ser.
- El ser necesario es eterno. Si no hubiera existido siempre, o si tuviera que dejar de existir, evidentemente no existiría en virtud de su propia naturaleza. Puesto que existe por sí mismo, no puede tener ni principio, ni fin, ni sucesión.
- El ser necesario es absolutamente inmutable. Mudarse es adquirir o perder algo. Pero el Ser necesario no puede adquirir nada, porque posee todas las perfecciones; y no puede perder nada, porque la simple posibilidad de perder algo es incompatible con su suprema perfección. Por tanto es inmutable.
- El ser necesario es absolutamente independiente. Porque no necesita de nadie, se basta perfectamente a sí mismo, ya que es el Ser que existe por sí mismo, infinito, eterno, perfectísimo.
- El ser necesario es un espíritu. Un espíritu es un ser inteligente, capaz de pensar, de entender y de querer; un ser que no puede ser visto ni tocado con los sentidos corporales, a diferencia de la materia, que tiene las características opuestas. El Ser necesario tiene que ser forzosamente espíritu, no cuerpo o materia. Porque, si fuera *corporal*, sería limitado en su ser, como todos los cuerpos. Si fuera material sería divisible y no sería infinito. Tampoco sería *infinitamente perfecto*, porque la materia no

puede ser el principio de la inteligencia y de la vida, que están mil veces por encima de ella. Luego el Ser necesario es un Ser espiritual, infinitamente perfecto y trascendente.

Ahora bien: estos y otros caracteres que la simple razón natural descubre sin esfuerzo y con toda certeza en el ser necesario coinciden en absoluto con los atributos divinos. Por ende el ser necesario es Dios. Consecuentemente, la existencia de Dios está fuera de toda duda a la luz de la simple razón natural.

1. d) *La cuarta vía: por los distintos grados de perfección*

La cuarta vía llega a la existencia de Dios por la consideración de los distintos grados de perfección que se encuentran en los seres creados. Es, quizá, la más profunda desde el punto de vista metafísico; pero, por eso mismo, es la más difícil de captar por los no iniciados en las altas especulaciones filosóficas.

La expone Santo Tomás diciendo: “La cuarta vía considera los grados de perfección que hay en los seres. Vemos en los seres que unos son más o menos buenos, verdaderos y nobles que otros, y lo mismo sucede con las diversas cualidades. Pero el más y el menos se atribuye a las cosas según su diversa proximidad a lo máximo, y por esto se dice que una cosa está tanto más caliente cuanto más se aproxima al máximo calor. Por tanto, ha de existir algo que sea verdaderísimo, nobilísimo y óptimo, y, por ello, ente o ser supremo; pues, como dice el Filósofo, lo que es verdad máxima es máxima entidad. Ahora bien: lo máximo en cualquier género es causa de todo lo que en aquel género existe, y así el fuego, que tiene el máximo calor, es causa del calor de todo lo caliente. Existe, por consiguiente, algo que es para todas las cosas existentes causa de su ser, de su bondad y de todas sus demás perfecciones. Y a ese

Ser perfectísimo, causa de todas las perfecciones, le llamamos Dios”

El argumento de esta cuarta vía es similar a las anteriores. Partiendo de un hecho experimental completamente cierto y evidente –la existencia de diversos grados de perfección en los seres–, la razón natural se remonta a la necesidad de un ser perfectísimo que tenga la perfección en grado máximo, o sea que la tenga por *su propia esencia y naturaleza, sin haberla recibido de nadie*, y que sea, por lo mismo, la causa o manantial de todas las perfecciones que encontramos en grados muy diversos en todos los demás seres. Ahora bien: ese ser perfectísimo, origen y fuente de toda perfección, es precisamente el que llamamos Dios

1. e) La quinta vía: por la finalidad y orden del universo

La expone Santo Tomás: “La quinta vía se toma del gobierno del mundo. Vemos, en efecto, que cosas que carecen de conocimiento, como los cuerpos naturales, obran *por un fin*, lo que se comprueba observando que siempre, o la mayor parte de las veces, obran de la misma manera para conseguir lo que más les conviene; de donde se deduce que no van a su fin por casualidad o al acaso, sino obrando intencionadamente. Ahora bien: es evidente que lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, a la manera como el arquero dispara la flecha hacia el blanco. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios”.

Esta prueba de la existencia de Dios, además de ser totalmente válida (hasta el mismo Kant se inclinaba con respeto ante ella), es la más clara y comprensible de todas. Por eso ha sido desarrollada ampliamente por escritores y oradores, que encuentran en ella la manera más fácil y sencilla de hacer comprensible la existencia de

Dios, aun a los entendimientos menos cultivados. Por esta razón daré algunos ejemplos, tomados del orden del universo. En el libro del P. Royo Marín, que venimos siguiendo se pueden encontrar varios ejemplos partiendo del orden del cosmos, del mundo de las fuerzas fisico-químicas, de la vida vegetal y animal, del reino sensitivo y otros más, tomados a su vez de la obra de Ricardo Viejo-Felú, *El Creador y su creación*. Me aparto momentáneamente del libro de Royo Marín para basarme en lo que dice al respecto del orden del universo el P. Jorge Loring, en su conocido libro *Para salvarte*.

“Mira el cielo. ¿Puedes contar las estrellas? El Atlas del cosmos, que ya se ha empezado a publicar, constará de veinte volúmenes, donde figurarán unos quinientos millones de estrellas. El número total de las estrellas del Universo se calcula en unos 200.000 trillones de estrellas: un número de veinticuatro cifras!. El Sol tiene diez planetas: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Los nueve conocidos, y el décimo que se acaba de descubrir: el Planeta X. Fue localizado por la sonda Pioneer en 1987, pero hacía veinte años que conocíamos su existencia. Nuestra galaxia, la Vía Láctea, tiene cien mil millones de soles. Y galaxias como la nuestra se conocen cien mil millones. La Nebulosa de Andrómeda consta de doscientos mil millones de estrellas. Pues, si unos hoyos en la arena no se pueden haber hecho solos, ¿se habrán hecho solos los millones y millones de estrellas que hay en el cielo? Alguien ha hecho las estrellas. A ese Ser, Causa Primera de todo el Universo, llamamos Dios.

La Luna, está a 384.000 Km de la Tierra. El Sol a 150.000.000 Km. Plutón a 6.000.000.000 de Km. Fuera del sistema solar, Sirio a ocho años luz, Arturo a treinta y seis años luz. La luz, a 300.000 Km. por segundo, recorre en un año una distancia igual a 200 millones de vueltas a la Tierra. En kilómetros son unos diez billones de kilómetros. Para caer en la cuenta de lo que es un billón, pensemos que un billón de segundos son casi treinta y dos mil años. La

velocidad de la Luz, según las leyes de la Física, no puede superarse. La velocidad de la luz es tope, como demostró matemáticamente Einstein; pues según la ecuación $e=mc^2$ a esa velocidad la masa se haría infinita. Y fuera de nuestra galaxia, la nebulosa de Andrómeda, que es la más cercana a nuestra galaxia de la Vía Láctea, está a dos millones de años-luz. Coma de Virgo a 200 millones de años-luz, y el Cumulo de Hidra a 2.000 millones de años-luz. Éste es el límite de percepción de los telescopios ópticos. Pero los radiotelescopios profundizan mucho más. El astro más lejano detectado es el Quásar PKS 2.000-330, está a quince mil millones de años-luz. Los quásares son radio-estrellas que emiten ondas hertzianas. Se detectaron por vez primera en 1960.

En el cielo hay millones y millones de estrellas muchísimo mayores que la dimensión de la Tierra. La Tierra es una bola de 40.000 Km. de perímetro (meridiano). El Sol es un millón trescientas mil veces mayor que la Tierra. En la estrella Antares, de la constelación de Escorpión, caben 115 millones de soles. Alfa de Hércules, que está a 1.200 años-luz, y es la mayor de todas las estrellas conocidas, es ocho mil billones de veces mayor que el Sol. Para aclarar un poco estos volúmenes descomunales, diremos que la órbita de la Luna dando vueltas alrededor de la Tierra, cabe dentro del Sol; y que el radio de Antares es el diámetro de la órbita de la Tierra, es decir, de trescientos millones de kilómetros; y que el diámetro de la órbita de Plutón, que es de doce mil millones de Km., es la décima parte del radio de Alfa de Hércules. Todo esto me lo ha calculado un astrónomo. La mayor radio-estrella conocida es DA-240 que tiene el fabuloso diámetro de seis millones de años-luz. El diámetro de esta radio-estrella es sesenta veces mayor que el diámetro de nuestra galaxia, la Vía Láctea, que es de cien mil años de luz.

Estas bolas gigantescas van a enormes velocidades. La Tierra va a cien mil Km. por hora, es decir a treinta Km. por segundo. El Sol va a trescientos Km. por segundo, hacia la Constelación de Hércules. La Constelación de Virgo se aleja de nosotros a mil Km. por segundo. El Cumulo de Boyero se desplaza a cien mil Km. por segundo. Por el desplazamiento hacia el rojo de las rayas del

espectro se ha calculado que hay estrellas que se alejan de nosotros a 276.000 Km. por segundo. Es decir, al 92 % de la velocidad de la luz.

El movimiento de las estrellas es tan exacto que se puede hacer el almanaque con muchísima anticipación. El almanaque pone la salida y la puesta del Sol de cada día, los eclipses que habrá durante el año, el día que serán, a qué hora, a qué minuto, a qué segundo, cuánto durarán, qué parte del Sol o de la Luna se ocultará, desde qué punto de la Tierra será visible, etc. El 30 de junio de 1973, España entera estuvo pendiente del eclipse parcial de Sol del cual la prensa venía hablando varios días. El 2 de octubre de 1959, fue visible desde la islas Canarias, un eclipse total de Sol, a las 12 del mediodía, tal como se había previsto desde mucho antes. Por eso se instaló en la Punta de Jandía en Fuerteventura un puesto de observación en el que se reunieron científicos del mundo entero. El anterior eclipse de Sol contemplado desde Canarias, fue el 30 de agosto de 1905, y se sabe que habrá que esperar hasta pasado el siglo XXII para ver otro eclipse total de Sol dentro de nuestras fronteras [Loring se refiere a España]. El año 2005 podremos observar un eclipse anular desde Cádiz. El cometa Halley (llamado así en honor del astrónomo Edmundo Halley, contemporáneo y amigo de Isaac Newton) que como se había previsto el siglo pasado, pasó junto a nosotros en el año 1910, volvió a pasar cerca de la Tierra (a 486 millones de kilómetros) en marzo de 1986 según se había anunciado. Todos los periódicos del mundo hablaron de él. Halley (1646-1742) que observó el cometa en 1662 calculó su órbita y predijo que aparecería de nuevo cada setenta y seis años, y así ha sucedido. Volverá a verse el año 2062. Cuando pasó junto a la Tierra en 1986 fue fotografiado por la sonda europea Giotto, que se acercó al núcleo del cometa a una distancia de 500 kilómetros. La longitud de la cola del cometa Halley es de cincuenta millones de kilómetros y está formada por gases enrarecidos (...) El núcleo del cometa está formado por gases sólidos a 100 grados centígrados bajo cero. Sus dimensiones son de 7'50 por 8'50 por 18 kilómetros. Aunque los chinos ya lo conocían mil años antes de Cristo y ha dado miles de vueltas alrededor del Sol, terminará por desaparecer, pues cada vez que se acerca al Sol pierde peso al volatilizarse por el calor parte de los gases sólidos del núcleo. La cola del cometa no va hacia atrás, como la estela de un avión de reacción, sino que arrastrada por el

viento solar se desplaza en el sentido opuesto al Sol, como el humo de una locomotora en marcha, que se desplaza lateralmente si hace un viento fuerte.

La precisión del movimiento de los astros sería imposible conocerlo si el orden del movimiento de los astros no fuera calculable matemáticamente. Por eso James Jeans, ilustre matemático y Presidente de la Real Sociedad Astronómica de Inglaterra y Profesor de la Universidad de Oxford, uno de los más grandes astrónomos contemporáneos, en su libro *Los misterios del Universo* afirma que el Creador del Universo tuvo que ser un gran matemático. Y Einstein dijo que la Naturaleza es la realización de las ideas matemáticas de Dios. Paul Dirac, Catedrático de Física Teórica de la Universidad de Cambridge y uno de los científicos más sobresalientes de nuestra generación, dijo en la revista *Scientific America*: 'Dios es un matemático de alto nivel'.

Todo este orden maravilloso requiere una gran inteligencia que lo dirija. ¿Qué pasaría en una plaza de mucho tránsito si los conductores quedaran repentinamente paralizados y los vehículos, sin inteligencia, abandonados a su propio impulso? En un momento tendríamos una horrenda catástrofe.

Cuanto más complicado y perfecto sea el orden, mayor debe ser la inteligencia ordenadora. Construir un reloj supone más inteligencia que construir una carretilla. Si un día naufragas en alta mar, y agarrado a un madero llegas a una isla desierta, aunque allí no encuentres rastro de hombre, ni un zapato del hombre, ni un trapo de hombre, ni una lata de sardinas vacía, nada; pero si paseando por la isla desierta encuentras una cabaña, inmediatamente comprendes que en aquella isla, antes que tú, estuvo un hombre. Comprendes que aquella cabaña es fruto de la inteligencia de un hombre. Comprendes que aquella cabaña no se ha formado al amontonarse los palos caídos de un árbol. Comprendes que aquellas estacas clavadas en el suelo, aquellos palos en forma de

techo y aquella puerta giratoria son fruto de la inteligencia de un hombre. Pues si unos palos en forma de cabaña requieren la inteligencia de un hombre, ¿no hará falta una inteligencia para ordenar los millones y millones de estrellas que se mueven en el cielo con precisión matemática? Isaac Newton (1642-1727) y Johann Kepler (1571-1630) formularon matemáticamente las leyes que rigen el movimiento de las estrellas del Universo; pero Newton y Kepler no hicieron esas leyes, porque las estrellas se movían según esas leyes muchísimos años antes de que nacieran Newton y Kepler. Por tanto hay algún autor de esas leyes que rigen el movimiento matemático de las estrellas. Por eso el cosmonauta Borman dijo desde la Luna: ‘nosotros hemos llegado hasta aquí gracias a unas leyes que no han sido hechas por el hombre’. Y Newton: ‘El conjunto del Universo no podía nacer sin el proyecto de un Ser inteligente’. ‘Me basta –ha dicho Albert Einstein– reflexionar sobre la maravillosa estructura del Universo, y tratar humildemente de penetrar siquiera una parte infinitesimal de la sabiduría que se manifiesta en la Naturaleza’. Dijo también: ‘Dios no juega a los dados’. La inteligencia que ordena las estrellas en el cielo y dirige con tanta perfección la máquina del Universo es la inteligencia de Dios. Por eso dice la Biblia: *Los cielos cantan la gloria de Dios* (Sal 19,2). Las criaturas son dedos que me señalan a Dios. Pero hay gente que se queda mirando el dedo y no ve más allá”.

Hasta aquí la cita de Loring. Pero no menos sorprendente que el orden del cosmos es el orden de cada ser. Basta con que preguntes a un médico que te explique el maravilloso mecanismo de la fecundidad femenina y de la maternidad para que debas reconocer un orden extraordinario que no puede responder sino a una inteligencia ordenadora: el maravilloso mecanismo hormonal por el que cada mujer es preparada a lo largo de cada ciclo fértil para poder ovular y todo lo que desencadena la ovulación: una extraordinaria y armoniosa interacción de precisas órdenes entre las diversas glándulas para preparar todo el organismo en orden a una posible concepción, preparación que no sólo mira la preparación del cuerpo femenino sino la protección del embrión en caso de que tenga lugar la concepción; y una vez dada ésta, el misterioso y matemático proceso por el cual la célula fecundada, el embrión humano, comienza un crecimiento siempre rigurosamente igual en los millones de seres humanos que ya han venido a la vida, hasta

culminar en el nacimiento. No puede ser menos, si tenemos en cuenta que en niveles sumamente inferiores a éste, se verifica el mismo fenómeno de un orden sorprendente como lo demuestra, por ejemplo, la sabiduría de una simple abeja. En efecto, la abeja resuelve el problema de construir una celdilla tal, que con la menor cantidad de cera admita la mayor cantidad de miel. Reaumur lo descubrió hace dos siglos, aplicando algoritmos del cálculo infinitesimal, descubierto por Leibnitz. Pero lo curioso fue que los sabios, al hacer por primera vez el cálculo, se equivocaron; y la abeja, sin cálculo, sin estudio, no se equivocaba. ¡Y era allá por los años en que aún no habían nacido Reaumur, Leibnitz ni Pitágoras! El descubrimiento fue así. Reaumur, el famoso físico introductor de la escala termométrica que lleva su nombre, sospechando lo que en efecto sucedía, propuso a sus compañeros el siguiente problema: ¿Qué ángulos hay que dar a los rombos de la base de una celdilla, de sección hexagonal, para que, siendo la superficie mínima, la capacidad sea máxima? König aplicó la teoría de máximos y mínimos del cálculo infinitesimal y halló, para el ángulo agudo de rombo, una amplitud de $70^{\circ} 34'$; naturalmente el ángulo obtuso tenía que ser complementario de aquél. Medido el rombo de las celdillas de las abejas, encontraron constantes sus ángulos, y el agudo era de $70^{\circ} 32'$. ¡Aparentemente el animalito se equivocaba en la insignificante cifra de dos minutos de grado! Pero al poco tiempo naufragó un barco en el litoral francés; el accidente se debió a un error en la apreciación de la longitud. Piden responsabilidades al capitán, que tranquilamente presenta sus cálculos, los cuales estaban bien hechos. Todos estaban desorientados. La causa había que buscarla en otra parte. Repasadas y estudiadas las operaciones, encontraron una errata en la tabla de logaritmos, que marcó su impronta en el cálculo de la longitud. Corregido dicho error, König volvió sobre el problema propuesto por Reaumur, que dio para el ángulo agudo del rombo de la base $70^{\circ} 32'$. Se equivocaron los sabios matemáticos, pero la abeja no se equivocó ni se equivoca y construye una celdilla tal, que con el menor gasto de cera admite la mayor cantidad de miel.

De todo esto se puede deducir que si no existe un *Creador* infinitamente sabio y poderoso, *el orden dinámico* que preside a todo el cosmos, desde las galaxias hasta los hábitos de la abejas, se debe atribuir al azar. No hay solución intermedia. Es así

que el azar *no explica* de ningún modo este orden. Por tanto, *existe aquel Creador de sabiduría y poder infinito*.

El mundo, en una palabra, es *el resultado de una comprensión infinita*. Por eso, la creencia en Dios pertenece a las *funciones normales* de la inteligencia humana. Y por esta misma razón, el ateo es un caso clínico, como el de uno que pierde la razón. Porque admitir sólo el choque ciego de fuerzas naturales es aceptar una *ininteligencia más inteligente que la inteligencia misma*. La incredulidad no consiste en no creer, sino en creer lo difícil antes que lo fácil.

3. Los científicos y Dios

Por lo que acabamos de exponer, no nos puede sorprender que si bien hay en nuestros días científicos que dicen no creer en Dios, sin embargo, junto a ellos hay muchos otros, que son la mayoría, y se cuentan entre los más prestigiosos en el mundo de la ciencia, que han creído en Dios no sólo llevados por su fe (algunos han sido cristianos y otros no) sino por su ciencia. Tampoco debería sorprendernos que verdaderos pensadores caigan en argumentos anticientíficos cuando se trata de la negación de Dios; sólo para citar un ejemplo, cuando William James, a quien ya nos hemos referido antes, enseñó que la existencia de Dios no puede ser demostrada, no dio otra prueba que el *argumento de autoridad* (argumento fundamental en teología, pero de valor casi nulo en filosofía y menos en ciencia): “*todos los idealistas desde Kant han estado de acuerdo en rechazar o al menos no considerar las pruebas, lo que demuestra que ellas no son suficientemente sólidas para servir como fundamento de la religión*” Pero ¡así no puede proceder un científico pues también la mayoría –si no todos– de los científicos estaban de acuerdo en que el sol gira en torno de la tierra cuando Copérnico (y luego de él Galileo) planteó su teoría de que eran los planetas los que giraban en torno al sol! ¿En dónde estaría la ciencia si se hubiese guiado por el argumento del número?

Por este motivo veamos qué dicen sobre Dios algunos de los estudiosos más destacados en el mundo de la ciencia:

Copérnico, astrónomo polaco (1473-1543) que probó la esfericidad de la tierra, expuso sus movimientos y la rotación de todo el sistema solar y defendió antes que Galileo el heliocentrismo, dijo: “Si existe una ciencia que eleve el alma del hombre y la remonte a lo alto en medio de las pequeñeces de la tierra, es la Astronomía..., pues no se puede contemplar el orden magnífico que gobierna el universo sin mirar ante sí y en todas las cosas al Creador mismo, fuente de todo bien”.

Galileo Galilei, astrónomo y físico italiano (1564-1642) a quien muchos científicos, incluso ateos, consideran uno de los *símbolos* del “hombre de ciencia”, murió profesando su fe en Dios y en la Iglesia católica, apostólica y romana.

Kepler, astrónomo alemán (1571-1630), que formuló las leyes que llevan su nombre, a pesar de haber llevado una vida muy desgraciada, escribe: “Te doy gracias, Dios Creador, porque me has concedido la felicidad de estudiar lo que Tú has hecho, y me regocijo de ocuparme de tus obras. Me ha cabido el honor de mostrar a los hombres la gloria de tu Creación, o, por lo menos, de aquella parte de tu infinito reino que ha sido accesible a mis escasas luces”; y también: “Día vendrá en el que podremos leer a Dios en la Naturaleza como lo leemos en las Sagradas Escrituras”; “Ahora yo he terminado la obra de mi profesión, habiendo empleado todas las fuerzas del talento que tú me has dado; he manifestado la gloria de tus obras a los hombres que lean estas demostraciones, por lo menos en la medida en que la estrechez de mi inteligencia ha podido captar su infinitud; mi espíritu ha estado atento a filosofar correctamente”.

Isaac Newton, físico, astrónomo y matemático inglés (1642-1727), considerado por muchos científicos como el más grande de todos los tiempos, en cuanto inteligencia e ingenio, no tuvo reparo en dejar escrito: “El orden admirable del sol, de los planetas y cometas tiene que ser obra de un Ser Todopoderoso e inteligente...; y si cada estrella fija es el centro de un sistema semejante al nuestro, es cierto que, llevando todos el sello del mismo plan, todos deben estar sumisos a un solo y mismo Ser... Este Ser infinito lo gobierna todo no como el alma del mundo, sino como Señor de todas las cosas. Dios es el Ser Supremo, Infinito, Eterno, absolutamente Perpetuo”.

El médico y naturalista sueco Karl von Linné (1707-1778), considerado como fundador de la Botánica y uno de los más grandes botánicos de todos los tiempos, que escribió más de 15 relevantes obras, tuvo firmes convicciones religiosas, como lo demuestran estas sabias palabras de su obra *Systema Naturae*: “Salía yo de un sueño cuando Dios pasó de lado, cerca de mí: le vi y me llené de asombro... He rastreado las huellas de Dios en las criaturas y, en todas, aun en las más ínfimas y más cercanas ¡qué poder, qué sabiduría, qué insondables perfecciones no he encontrado!”.

El físico italiano Alessandro Volta (1745-1827), inventor del electrón y la pila que lleva su nombre, testimonió: “He estudiado y reflexionado mucho. Ahora ya veo a Dios en todo...”.

El astrónomo francés Hervé-Auguste-Etienne-Albans Faye (1814-1902), hablando de ateísmo dijo: “En cuanto a negar a Dios, es como si desde aquellas alturas se dejara uno caer pesadamente sobre el suelo. (...) Es falso que la ciencia haya llegado por sí misma a la negación de Dios. Esta se produce en ciertas épocas de lucha contra instituciones del pasado. Así se encuentran algunos filósofos ateos en la decadencia de la antigua sociedad grecorromana. A fines del siglo XVIII y aún hoy seguramente, porque es propio de la

lucha, pronto volverán los espíritus a las verdades eternas, muy asombrados, en el fondo, de haberlas combatido durante tanto tiempo”.

El checo Gregor Johann Mendel (1822-1869) fue fraile agustino, padre de toda la genética y de gran parte de la biología actual, con su vida religiosa sin muchas palabras practicó su fe cristiana sin contradicciones con su ciencia.

El químico y bacteriólogo francés Louis Pasteur, (1822-1895), fundador de la asepsia y antisepsia modernas, quien no tenía reparo en rezar su rosario mientras viajaba en tren a pesar de las burlas de algunos “universitarios” pedantes que sin saber quién era pensaban que era un simple campesino ignorante, decía: “Yo te aseguro que, porque sé algo, creo como un bretón; si supiera más creería como una bretona” (haciendo referencia a que su ciencia no contradecía la fe de un simple campesino).

El ingeniero alemán, luego nacionalizado americano, Wernher von Braum (nacido en 1912), autor del emplazamiento en órbita del primer satélite estadounidense Explorer I, llamado “rocket genius”, el genio de los cohetes, que trabajó como directivo en la NASA, en los proyectos del cohete Saturno y en el proyecto Apolo (cohete tripulado a la Luna), poseyó un profundo sentido religioso: “Los materialistas del siglo XIX y sus herederos los marxistas del siglo XX nos dicen que el creciente conocimiento científico de la creación permite rebajar la fe en un Creador. Pero toda nueva respuesta ha suscitado nuevas preguntas. Cuanto más comprendemos la complejidad de la estructura atómica, la naturaleza de la vida o el camino de las galaxias, tanto más encontramos nuevas razones para asombrarnos ante los esplendores de la creación divina... El hombre tiene necesidad de fe como tiene necesidad de paz, de agua y de aire... ¡Tenemos necesidad de creer en Dios!”.

El médico francés Aléxis Carrel (1873-1944), ateo convertido en Lourdes ante la vista de un milagro, decía: “Yo quiero creer, yo creo todo aquello que la Iglesia Católica quiere que crea más y, para hacer esto, no encuentro ninguna dificultad, porque no encuentro en la verdad de la Iglesia ninguna oposición real con los datos seguros de la ciencia”. “Yo no soy filósofo ni teólogo; hablo y escribo solamente como hombre de ciencia”.

Pascual Jordan (nacido en 1902) fue un físico alemán, fundador junto con Max Born y Werner Heisenberg de la mecánica cuántica, al escribir su libro que tituló *El hombre de ciencia ante el problema religioso*, decía: “No sin razón he titulado este libro *El hombre de ciencia ante el problema religioso*. Su intención era explicar cómo todos los impedimentos, todos los mitos que la ciencia antigua había levantado para obstruir el camino de acceso a la religión hoy han desaparecido (...) La afirmación de la concepción determinista de que Dios se había quedado sin trabajo en una naturaleza que seguía su curso regularmente, ha perdido ahora su fundamento. (...) En la innumerable cantidad de resultados siempre nuevos e indeterminados se puede ver la acción, la voluntad, el señorío de Dios (...) No afirmamos que la acción de Dios en la naturaleza se haya hecho científicamente visible o demostrable (...) sino que, en lo que concierne a la fe religiosa, la nueva física ha negado aquella negación: ha probado que son erróneas aquellas concepciones de la vieja ciencia que habían sido aducidas antes como pruebas en contra de la existencia de Dios”.

El neurobiólogo John Eccles, director del departamento de Bioquímica de la Universidad de Cambridge, decía hablando del materialismo de muchos científicos: “Creo que el materialismo hipotético es aún la creencia más extendida entre los científicos. Pero no contiene más que una promesa: que todo quedará explicado, incluso las formas más íntimas de la experiencia humana, en términos de células nerviosas... Esto no es más que *un tipo de fe religiosa*; o mejor, es *una superstición que no está fundada en evidencias dignas de consideración*. Cuanto más progresamos a la hora de comprender la conformación del cerebro humano, más

clara resulta la singularidad del ser humano respecto a cualquier otra cosa del mundo material”.

Henry Margenau, colaborador de Einstein, Heisenberg y Scheoedinger, físico de la Universidad de Yale, fundador de tres importantes revistas científicas, ocho doctorados *honoris causa*, presidente de la *American Association of the Philosophie et Science*, decía: “Casi todo el mundo admite claramente que el Universo ha tenido un comienzo y aunque hay algunos, como Carl Sagan, que en astronomía son vivamente antirreligiosos, otros, como Robert Jastrow, que trabajan en el mismo campo, no lo son. Y Jastrow es más prestigioso que Sagan como científico y como físico. Sagan es un publicista, Jastrow es un físico que ha investigado la materia de la que habla. Y Jastrow es un hombre religioso”.

John von Neumann, matemático húngaro (1903-1957), hijo de un rico banquero judío, considerado por muchos como la mente más genial del siglo XX, comparable solo a la de Albert Einstein, participó activamente en el Proyecto Manhattan, el grupo de científicos que creó la primera bomba atómica, participó y dirigió la producción y puesta a punto de los primeros ordenadores y, como científico fue asesor del Consejo de Seguridad de los Estados Unidos en los años cincuenta; es el creador del campo de la Teoría de Juegos (un campo en el que trabajan actualmente miles de economistas y se publican a diario cientos de páginas) y además las formulaciones matemáticas descritas por él sirvieron de base para la teoría de la utilidad para resolver problemas del Equilibrio General. En 1937 publicó *A Model of General Economic Equilibrium*, del que E. Roy Weintraub dijo en 1983 que era “el más importante artículo sobre economía matemática que haya sido escrito jamás”. Este científico hacia el final de su vida se convirtió al catolicismo.

Y termino con este texto del científico italiano Enrico Medi: “Cuando digo a un joven: mira, allí hay una estrella nueva, una galaxia, una estrella de neutrones, a cien millones de años luz de lejanía. Y, sin

embargo, los protones, los electrones, los neutrones, los mesones que hay allí son idénticos a los que están en este micrófono (...). La identidad excluye la probabilidad. Lo que es idéntico no es probable (...). Por tanto, hay una causa, fuera del espacio, fuera del tiempo, dueña del ser, que ha dado al ser, ser así. Y esto es Dios (...). El ser, hablo científicamente, que ha dado a las cosas la causa de ser idénticas a mil millones de años-luz de distancia, existe. Y partículas idénticas en el universo tenemos 10 elevadas a la 85a potencia... ¿Queremos entonces acoger el canto de las galaxias? Si yo fuera Francisco de Asís proclamaría: ¡Oh galaxias de los cielos inmensos, alabad a mi Dios porque es omnipotente y bueno! ¡Oh átomos, protones, electrones! ¡Oh canto de los pájaros, rumor de las hojas, silbar del viento, cantad, a través de las manos del hombre y como plegaria, el himno que llega hasta Dios!”.

Indudablemente, no se puede decir que la ciencia tenga problemas con Dios; la tienen algunos científicos... y no por su ciencia.

Por todo esto podemos decir que la verdad sobre la existencia de Dios es un conocimiento tan claro que la Sagrada Escritura trata muy duramente a los sabios paganos que no supieron remontarse al Creador a través de la belleza y potencia de sus obras.

Bibliografía para ampliar y profundizar

–Reinhard Löw, *Le nuove prove hce Dio esiste* (Las nuevas pruebas de que Dios existe), Piemme, Casale Monferrato 1996 (el autor ha sido Director del Instituto de investigación en filosofía, de Hannover; especialista en la relación entre ciencias naturales y filosofía; esta es una puesta al día, desde la visión del científico, de las pruebas tradicionales, y de lo que el autor llama “las nuevas pruebas” científicas).

–Hillaire, *La religión demostrada*, Barcelona 1955.

–Cornelio Fabro, *Le prove dell’esistenza di Dio*, Ed. La Scuola, Brescia 1990 (excelente estudio con el análisis de las pruebas de la existencia de Dios en los principales filósofos de la historia).

—————, *Dios. Introducción al problema teológico*, Rialp, Madrid 1961.

—————, *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp Madrid 1974.

–R. Garrigou-Lagrange, *Dios. Su existencia. Su naturaleza* (dos volúmenes), Palabra, Madrid 1980.

–Víktor Frankl, *La presencia ignorada de Dios*, Herder, Barcelona 1985.

–Fulton Sheen, *Religión sin Dios*, Latinamericana, México DF s/f.

–Antonio Royo Marín, *Dios y su obra*, BAC, Madrid 1963.

–Jesús Simón, SJ, *A Dios por la ciencia*, Barcelona 1947.

–Ricardo Viejo-Felíu, SJ, *El Creador y su creación*, Ponce, Puerto Rico, 1952.

–Jorge Loring, *Para salvarte*, Edapor, Madrid 1998 (51ª edición).

–Manuel Carreira, S.I., *El creyente ante la Ciencia*, Cuadernos BAC, n. 57. Madrid 1982.

–Max Picard, *La huida de Dios*, Guadarrama, Madrid 1962.

–Nello Venturini, *I filosofi e Dio. Dizionario storico-critico*, Marna, Barzago 2003.

—————, *La ricerca dell'Assoluto: Dio, c'è? Chi è?*, Coletti 1998.

PARTE VII

Hemos llegado a la penúltima parte de nuestra reflexión. Hoy trataré algunas de las objeciones contra la existencia de Dios que surgen en campo de la “mal llamada lógica” (la verdadera ciencia lógica no plantea este tipo de cuestiones porque entiende lo que es una contradicción).

La objeción contra la existencia de Dios que frecuentemente se plantea, reviste diversas formas. A veces es formulada de esta manera: “Si cada cosa tiene su creador, entonces ¿Quién creó a Dios?”. También en la facultad de ingeniería de una ciudad “x” un profesor decía: “No se puede probar desde la ciencia lógica que Dios existe, ya que la existencia de Dios es contradictoria es sí misma, pues si Dios existiese debería ser perfecto. Y si Dios fuese perfecto no crearía seres imperfectos como los hombres”. Luego volveré sobre esta falacia del profesor, ahora responderé simplemente a la objeción que dice “Si cada cosa tiene su creador entonces ¿Quién creó a Dios?”. Hay que decir que esta afirmación que remarca que “cada cosa tiene su creador” está mal formulada, ya que cada cosa tiene su creador si hablamos de una cosa CREADA Y FINITA. Es decir, las cosas que tienen un inicio y un fin, o las cosas que tienen inicio pero no tienen fin SON CREADAS Y LIMITADAS. Pero aquello que es INCREADO NO TIENE NINGÚN CREADOR (solo de Dios se puede decir esto). Entonces la afirmación formulada correctamente debe ser la siguiente: “Todo aquello que por esencia es limitado y finito ES CREADO. Dios no es limitado en su esencia, y esta se identifica con su ser. Por lo tanto, Dios no es creado y es Omnipotente”. Si el silogismo es formulado de esta manera, nadie debería luego preguntar “¿Quién creó a Dios?”, porque la respuesta ya está en el razonamiento. Sin embargo, podemos agregar que esa pregunta contiene una contradicción interna. Si es Dios, NO PUEDE SER CREADO, porque en Dios su esencia se identifica con su ser, y ÉL NO ES ALGO QUE FUE, ES, Y SERÁ SINO QUE DIOS ES

SIEMPRE “EL QUE ES”. Es decir, Dios ES desde toda la eternidad. Si Dios hubiese sido creado, no sería Dios, sería un ángel, un querubín, un serafín, pero no sería Dios. La naturaleza divina no puede jamás haber sido creada.

Por otra parte, esta pregunta que parece inteligente no lo es, y no hace falta ser filósofo para darse cuenta, sino tener un poquito de sentido común. Cuando alguien afirma que “el marido embarazò a su esposa”, ¿sería lógico que alguien preguntase “Y quien embarazò al marido?” (quizàs esta pregunta absurda la podrían hacer solo los defensores de la ideología de género). Es obvio que el hombre por naturaleza no puede quedar embarazado (al menos por ahora, y si alguna vez se logra no será por la naturaleza masculina ciertamente sino por ir contra ella), y la mujer sí. Así como el hombre por naturaleza no puede embarazarse y la mujer sí, de la misma manera DIOS POR NATURALEZA NO PUEDE SER CREADO y el mundo material y espiritual en cambio lo es. Por lo tanto, sea la filosofía como el sentido común nos dicen que Dios no puede ser creado de ninguna manera.

En cuanto a la falacia del profesor universitario, hay que decir lo siguiente: Dios nunca creò algo imperfecto. Cada cosa tiene la perfección que le corresponde a su esencia. Dios creò al hombre perfecto de acuerdo a su esencia. Es màs, el primer hombre y la primera mujer (Adàn y Eva) no eran imperfectos, ya que ni siquiera tenían pecado. No sufrían, sus cuerpos no morían, tenían una inteligencia y voluntad perfectas, pues conocían todo lo que se puede conocer naturalmente, además de infinidad de dones naturales y preternaturales. Luego del pecado, perdieron el don de impassibilidad (comenzaron a sufrir), el don de inmortalidad (sus cuerpos morían aunque no sus almas) y ademàs perdieron la gracia santificante. Pero eso sucediò despuès del pecado y por culpa del hombre a quien Dios creò libre, y éste libremente le dio las espaldas. Pero Dios no creò al hombre con sufrimiento y dolor, sino que estos males vinieron por culpa del hombre, por el mal uso le dio a su libertad, eligiendo el mal en vez del bien supremo. Obviamente, el hombre no tiene la perfección de Dios ni puede tenerla. Pero eso no quiere decir que sea imperfecto, sino que Dios lo creò perfecto segùn la naturaleza humana. Si un arquitecto construye una hermosa casa con muy buen gusto, con buenas medidas, buenos càculos y con toda la perfección que una casa tiene que tener, sería estúpido que alguien le dijese “pero tu casa no es perfecta porque

no puede volar como un avión”. El arquitecto con ironía respondería “Soy arquitecto, no ingeniero aeronáutico”. La casa es una casa y es perfecta como tal, no es un avión. Lo mismo, un hombre es hombre y no ángel, un ángel es ángel y no perro, un perro es un perro y no un vegetal, y así con cada una de las cosas. Cada parte de la creación es perfecta según su naturaleza y esencia. La imperfección que hay en la Creación no viene por parte de Dios, sino por parte del hombre, quien usa mal de su libertad en vez de usarla para dar gloria al Rey de los Reyes y Señor de los Señores.

Alguno todavía podría preguntar: pero si Dios puede hacer todo lo que quiera porque es Omnipotente ¿Puede también hacer un Dios tan Omnipotente como Él o aún superior? La respuesta obviamente es no. Entonces – diría alguno – Dios no es perfecto ya que hay cosas que no las puede hacer, y por lo tanto si Dios no es perfecto Dios no es Dios y ni siquiera existe. El problema aquí es el siguiente: el hecho de que Dios no pueda hacer algunas cosas, eso NO IMPLICA IMPERFECCIÓN EN SU ESENCIA O QUE DIOS NO SEA OMNIPOTENTE. Metamos un ejemplo de sentido común: yo tengo poder y libertad para cortarme el brazo. Ahora bien, ¿Soy más perfecto por cortarme el brazo? No, soy más estúpido, porque me corto un miembro que me es útil y además voy contra mi naturaleza. Lo mismo, puedo suicidarme, pero no soy más perfecto por suicidarme sino todo lo contrario. El poder hacer algo NO SIEMPRE IMPLICA SER MÁS PERFECTO. Una persona que aprende 8 idiomas en 3 meses es un genio y todos lo felicitan. Pero una persona que asesina a su hijo, o que viola o roba, todos lo repudian y hasta piden para esa persona la pena de muerte. Tanto aprender 8 idiomas en 3 meses como matar son acciones, pero una es genial y la otra inicua y repugnante. De la misma manera, hay cosas que DIOS NO PUEDE HACER, NO PORQUE SEA IMPERFECTO, SINO PORQUE REPUGNA A SU OMNIPOTENCIA DIVINA. Por ejemplo: Dios no podría ser injusto, porque si ha Dios LE FALTA LA JUSTICIA, le faltaría una perfección, y por lo tanto no sería Dios. Dios no podría ser malo, porque el mal es la privación del bien (la ceguera es la privación de la vista, el mal moral es la privación de la virtud) que es una perfección. Si Dios no fuese bueno, le faltaría la perfección de la bondad y por lo tanto no sería Dios. El Señor tampoco podría ser ni rencoroso, ni odiar, ni ser vengativo, porque el rencor y el odio son males en sí mismos, el rencor y el odio es la FALTA DE MISERICORDIA, que es una perfección que si faltase en Dios, caería su Omnipotencia. Y así podríamos nombrar otras cosas.

Por lo tanto, el hecho de que Dios NO PUEDA HACER ALGUNAS COSAS NO IMPLICA EN EL IMPERFECCIÓN NI FALTA DE OMNIPOTENCIA. Dios puede hacer TODO AQUELLO QUE SEA PERFECTO Y BUENO, Y NO PUEDE HACER AQUELLO QUE EN SÍ MISMO SEA UNA IMPERFECCIÓN O VAYA CONTRA SU NATURALEZA DIVINA.

Por hoy basta. En la última parte de nuestra reflexión terminaré de responder a la objeción del profesor y hablaré brevemente sobre Dios como fin del hombre.

Que Dios los bendiga y la Virgen los proteja siempre.

PARTE VIII

En esta última parte de nuestra reflexión terminaré de responder a la objeción del profesor universitario y hablaré brevemente sobre Dios como fin último del hombre.

Dijimos que Dios es Omnipotente y puede hacer todo lo que quiera, pero que hay cosas que POR LA PERFECCIÓN DE SU NATURALEZA NO PUEDE HACER. Justamente, Dios no podría hacer todas aquellas cosas que LO HAGAN MENOS PERFECTO. No poder hacer algo que lo haga menos perfecto no va contra su Omnipotencia, sino que mas bien la reafirma (esto lo hemos explicado en la parte anterior). Ahora bien, otra de las cosas que DIOS NO PUEDE HACER SON LAS CONTRADICCIONES. En lógica a veces se pone este silogismo para demostrar que Dios no existe: “Si Dios existe, no hay ninguna cosa que en su Omnipotencia no pueda hacer. Sin embargo, Dios no puede crear a un Ser superior a El. Si Dios no puede crear a un ser superior a El, significa que no es Omnipotente, y por lo tanto tal dios no existe”. Este silogismo estaría perfecto si uno aceptase la primer premisa. El problema es que LA PRIMER PREMISA ES FALSA, ya que el hecho de que Dios sea Omnipotente no quiere decir que Dios PUEDA HACER LAS CONTRADICCIONES. La primer premisa debería formularse así: Si Dios existe, no hay ninguna cosa POSIBLE que en su Omnipotencia no pueda hacer. Si la primer premisa se formula correctamente, no tiene sentido la segunda y por lo tanto el silogismo falaz cae por su propio peso.

Para explicarlo mejor, en lógica existe un principio que se llama "PRINCIPIO DE NO CONTRADICCIÓN", y está formulado de la siguiente manera: "Nada puede ser y no ser al mismo tiempo bajo el mismo respecto". Si alguien dice "esta hoja es blanca" y yo digo "no, esta hoja no es blanca", esa persona y yo no podemos tener razón al mismo tiempo. O esa hoja es blanca, o no lo es, pero no puede ser blanca y "no blanca" al mismo tiempo. O esa persona se equivoca, o el equivocado soy yo. No hay que confundir CONTRADICCIÓN con CONTRARIO. Si yo digo "esta hoja es verde" y otra persona dice "no, esa hoja es amarilla", no podemos tener razón los dos, pero sin embargo AMBOS PODEMOS ESTAR EQUIVOCADOS (quizás la hoja no sea ni verde ni amarilla, sino azul). Esa es una preposición contraria. En cambio, en una preposición contradictoria, POR FUERZA UNO DE LOS DOS SE EQUIVOCA Y EL OTRO TIENE LA RAZÓN. Ejemplos: "Yo soy tu hijo", "No, tu no eres mi hijo"; "Yo soy abogado", "No, tu no eres abogado". Son preposiciones contradictorias, y no queda otra que decir "o es, o no es". O es tu hijo, o no lo es. O eres abogado, o no lo eres".

En el caso de Dios, decir que puede crear un ser superior a El es caer en una contradicción, ya que Dios es el ser SUPERIOR POR SOBRE TODAS LAS COSAS. Si crease un ser superior a El, dejaría de ser Dios, y ese ser creado sería el nuevo Dios, lo cual sería imposible porque Dios NO PUEDE DEJAR DE SER DIOS, ni un ser creado PUEDE SER DIOS. O Dios es Dios y es increado y perfecto, o eso que nosotros llamamos dios no lo es y es creado. Pero Dios no puede ser Dios y al mismo tiempo ser creado, ni tampoco puede ser Dios y luego DEJAR DE SERLO. A la falacia del profesor aplicamos el principio de no contradicción, o es o no es. además yo tengo el poder de quitarme la vista, pero eso no me hace más perfecto, sino todo lo contrario. Dios es cambio no puede quitarse la vista, ya que SU PERFECCIÓN NO SE LO PERMITE. Yo puedo suicidarme, Dios en cambio no puede ya que El POR LA PERFECCIÓN DE SU SER ES QUIEN ES Y NO PUEDE DEJAR DE SERLO. Un hijo puede ser superior a un padre, porque posee su misma naturaleza (entre humanos nos podemos superar). En cambio, ningún HIJO ADOPTIVO DE DIOS PUEDE SER SUPERIOR A LA NATURALEZA DIVINA (solo Jesucristo quien es HIJO NATURAL DEL PADRE, iguala su perfección). Por lo tanto, Dios en su Omnipotencia puede hacer todas las cosas que SEAN POSIBLES. En cambio Dios, NO PUEDE HACER LAS

CONTRADICCIONES, NI AQUELLO QUE VAYA CONTRA SU PERFECCION DIVINA. Como hemos probado ampliamente, el hecho de que Dios no pueda hacer las contradicciones ni pueda ir contra su naturaleza no le quita nada a su perfección divina, sino más bien todo lo contrario.

Hay que decir también que es verdad que no se puede probar la existencia de Dios desde la ciencia lógica, porque justamente no es campo de esa ciencia. La existencia de Dios es estudiada por la metafísica, no por la lógica. Si se quiere probar la existencia (o la no existencia) del ser Supremo desde el punto de vista lógico, se está queriendo clavar un clavo con un fósforo. El clavo necesita un martillo, no un serrucho u otra herramienta. Si se quiere afirmar o negar la existencia de Dios, es necesario recurrir a la metafísica, y hasta ahora esa ciencia (cuando se parte de una filosofía realista) ha llegado a la conclusión de que el SER SUPREMO EXISTE Y ES AQUEL AL CUAL TODOS LLAMAMOS DIOS.

Finalmente, concluyo diciendo que todo hombre desea la felicidad sin límites. La felicidad sin límites no se encuentra en el dinero, ni en el sexo, ni el alcohol, ni siquiera en cosas buenas como la familia, el trabajo o el deporte. La felicidad sin límites solo se encuentra en Dios, porque El es el único que puede llenar el vacío del corazón del hombre. Todas las cosas creadas son limitadas y por tanto solo pueden dar una felicidad limitada, en cambio Dios es Omnipotente e infinito, y El puede dar la felicidad infinita que se identifica con EL MISMO. La belleza del mundo, la belleza de una mujer, la belleza de todo el universo material es menos que un granito de arena comparada con la belleza divina. Por eso, quien prefiere las cosas de este mundo rechazando al Creador de todas ellas, cambia un Castillo de Oro por un pequeño rancho de pajas y lleno de ratas (Dios sería el Castillo y el mundo el rancho). Quien prefiera perder todas las cosas por Dios, no se arrepentirá jamás, porque en el cielo se dará cuenta lo que vale el mundo y lo que vale el Creador. En cambio quien pierda a Dios por las cosas mundanas, luego de su muerte lo lamentará, porque el mundo solo le dejará lágrimas, y habrá perdido el tesoro más grande de la existencia, que es el Señor de señores, y Rey de reyes; el único que puede hacer verdaderamente feliz al hombre. Por tanto, como dice San Ignacio de Loyola: "las cosas de este mundo son medios para alcanzar a Dios. En tanto y en cuanto me acerquen a El, las tomo. En tanto y en cuanto me alejen de El, las dejo. Tomo todo lo que me sirva para

gozar a mi divino Redentor, y dejo todo aquello que me aleje de El, sea esto un bien material, una persona o un lugar. Todo lo debo hacer para la mayor gloria de Dios, quien es el fin, principio y fundamento del ser humano”.

Hemos terminado nuestra reflexión. Más tarde escribiré algunas aclaraciones a modo de conclusión definitiva. Obviamente, el tema tratado no ha sido agotado, ya que como explicaré dentro de unas horas, no se puede decir todo sobre nuestro Creador.

Dios los bendiga y la Virgen los proteja siempre.

PARTE IX

A modo de conclusión, puedo felizmente decir que hemos llegado a la cumbre de esta reflexión. Vuelvo a repetir: no es que el tema esté agotado. Es muy poquito lo que he dicho al respecto, y no escribí nada nuevo sino más bien hablé de cuestiones ya tratadas largamente por Santo Tomás de Aquino, Aristóteles e inclusive Kant, Hegel y tantos otros autores antiguos, medievales y modernos.

El objetivo de estas reflexiones no es dar todas las respuestas a este problema, ya que nadie las tiene, pues como dijimos anteriormente: de Dios, es más lo que no sabemos que lo que sabemos, pues la mente humana es muy limitada. Donde la razón ya no tiene fuerzas, es ahí donde uno debe agachar la cabeza y someter su juicio a la fe, que está por encima de la razón. De todos modos, estos escritos simplemente muestran que nuestra fe **NO ES ABSURDA, SINO QUE CREER ES MAS QUE RAZONABLE**. La fe está lejos de ser algo irracional, y como decía un autor: “el hombre nunca es más digno ni más grande sino cuando está de rodillas ante su Creador”. La fe nos hace ser verdaderos hombres y mujeres, ya que no solo somos seres racionales, sino que estamos llamados a una vida que supera nuestras capacidades humanas, que es la vida eterna. Quien sea fiel a Dios y a sus mandamientos, podrá gozar en el cielo de aquello que “ni ojo vio, ni oído oyó lo que Dios tiene preparado para aquellos que lo aman” (1 Cor. 2, 9). Sin embargo, a todo lo dicho todavía pueden surgir más objeciones, más argumentaciones y más discusión, pues el tema de Dios es inabarcable. Es por eso que quise dejar claro (espero haberlo hecho) cual era el objetivo principal de estas reflexiones.

Quien quiera profundizar este tema puede leer un libro sublime, como “la religión demostrada” de Hillaire. Otros libros que valen la pena son “Las pruebas de la existencia de Dios”; “Dios, introducción al problema teológico”, “Drama del hombre y misterio de Dios” (el autor de estas obras es Cornelio Fabro). Si alguno inclusive desea estudiar a fondo esta cuestión, puede agregar “Dios, su existencia. Su naturaleza” (dos volúmenes) de R. Garrigou – Lagrange, “La presencia ignorada de Dios” de Victor Frankl, “Religión sin Dios” de Fulton Sheen, “Dios y su obra” de Antonio Royo Marín y “A Dios por la ciencia” de Jesús Simón. Obviamente no puedo dejar de mencionar las primeras 30 cuestiones con sus respectivos artículos de la primera parte de la Suma Teológica, de Santo Tomás de Aquino.

Muchas gracias por vuestra atención y paciencia. No prometo escribir tan seguido en las próximas semanas, ya que a partir de este lunes estaré un poquito más ocupado de lo normal. Pero cuando las obligaciones no me lo impidan, haré alguna que otra reflexión, y porqué no una video conferencia de tanto en tanto.

Rezo por cada uno de ustedes y me encomiendo a vuestras oraciones. Dios los bendiga y la Virgen los cubra con su manto maternal.